Tierra de leyendas VI

Sedice.com

1-12-2006

Dios(es), Sacrificio, Mentiras, Eternidad y Destino

Presentación

Bienvenidos seáis, autores y lectores, aventureros de las letras, a nuestro sexto Concurso de Relatos Tierra de Leyendas.

En vuestras manos tenéis los setenta y seis relatos presentados. En este documento hay 19, que corresponde a uno de los cuatro grupos, pero, como sabéis, os podéis descargar los otros grupos restantes. Recordad que antes de votar en ningún grupo, tenéis que solicitar el voto públicamente en el hilo "[TDL6]: Solicitud de votaciones". A partir de ese momento, el Custodio (Deavid) o su ayudante (Malhalma) os mandará un mensaje privado (MP) indicandoos qué grupo os toca votar con el fin de repartir las votaciones en los distintos grupos. Una vez asignado vuestro grupo, debéis leerlo y seguir las instrucciones para votar que os pasará el Deavid o Malhalma en el mismo mensaje donde se os asigna el grupo.

Si queréis votar en otro grupo, una vez que hayáis votado y se haya confirmado vuestro voto como correcto, deberéis solicitar de nuevo otra votación, donde se os asignará grupo nuevo. Una vez realizadas las dos votaciones, no se podrá votar una tercera vez. Sólo se podrá votar 2 veces (a dos grupos).

Tenéis la responsabilidad de haberos leído todos los relatos del grupo al que vais a votar. No son pocas las letras que tenéis por delante, por lo que se recomienda no dejarlo para última hora, ni esperéis "puntuarlos" en una segunda relectura por si os quedarais sin tiempo material. Es aconsejable que vayáis evaluando, apuntando lo que os gusta o no de cada uno de ellos medida que vais leyendo.

Los votos se otorgarán de la siguiente manera: Al relato que más os haya gustado le dais 4 puntos, al siguiente 3 puntos, al siguiente 2 puntos y luego dais 1 punto a los 7 restantes que creáis merecen voto. Dicho de otro modo, cada uno votará a 10 relatos dentro del grupo de 19 (la mitad entera más uno, aprox), destacando a los tres mejores, según esta secuencia: 4,3,2,1,1,1,1,1,1,1.

Las votaciones de esta primera fase se cerrarán el 31 de enero de 2007 a las 23:59. Consultad la Agenda de Sedice en caso de duda. Los 10 mejores de cada grupo, serán susceptibles de ser publicados en la próxima antología Tierra de Leyendas VI. Los 7 primeros de cada grupo, pasarán a la Final. En caso de empate a puntos en las posiciones 7 o 10, se desempatará por número de votantes que han votado a ese relato (personas). Si aún así se empatara, se incluiría a ambos empatados en la publicación del libro o el pase a la final, según el caso.

IMPORTANTE (1): El autor no puede decir en qué grupo se engloba su relato ni dar pistas claras de ello. Sólo podrá hacerlo, e incluso revelar su autoría, si tras la primera fase su relato no pasa a la final.

IMPORTANTE (2): Los autores participantes están obligados a votar en todas las fases so pena de penalización de 10 puntos al finalizar el recuento.

Aunque será difícil decidir los relatos que más os gusten, esperamos que disfrutéis de una plácida y entretenida lectura.

Un saludo a todos y suerte para los participantes.

Informar de Errores ortográficos y de maquetación

El presente texto ha sido revisado únicamente por el propio autor antes de enviarlo al concurso, y por tanto, dado que todos somos humanos, es muy probable que contenga erratas. incluso en la maquetación, es posible que hayamos cometido algún error y no se detectara en su debido momento. Por todo esto y más, disculpas de antemano.

Eso sí, si detectas algún error, puedes informar de éste tal y como te informamos a continuación, seas el autor del relato, jurado del TDL VI o un usuario cualquiera que lee este documento de forma casual. Todos los informes son bienvenidos.

Las rectificaciones servirán para poder editar correctamente los relatos. No obstante, los relatos se revisarán antes de publicar. Pero dicen que cuatro ojos ven más que dos, así que ya sabes, si ves algo, no dudes en decírnoslo.

Cómo enviar un informe de Erratas

1.– Envía un email por relato. Es importante tener separados los informes de cada relato en su sitio. Eso facilita la notificación al autor (en caso de ser necesaria) y la posterior corrección.

2.– Pon como asunto, literalmente: "Informe de errores TDL6 – *nombredelrelato*", donde *nombredelrelato* es el nombre del relato del que vas a informar.

3.– Dentro del email, para cada error ortográfico, debes citar al menos unas cinco palabras de donde está, para facilitar su localización. El nº de página y nº párrafo generalmente nos sirven de poco.

4.– Si el error es repetitivo, preferimos que nos expliques qué es lo que está pasando y cómo debería ser, y en todo caso, nos cites uno de ejemplo. Si es necesario nos pondremos en contacto contigo.

5.– Los errores puramente estéticos (líneas huerfanas, textos fuera de márgen) debes enviarlos por separado con el siguiente asunto: "Informe de errores TDL6 – Maquetación". Es importante poder localizar dónde se producía el error.

6.– Dejar tu información de contacto. Si no se te puede localizar en la dirección de correo que usas, al final del email inclúyenos una donde estés localizable. Si crees conveniente que deberías poner varias, no hay problema.

7.– Antes de enviar, revisar el texto y procurar ser claro y conciso. Finamente enviar el informe a deavidsedice@gmail.com

Muchas gracias por ayudarnos a aumentar la calidad del TDL VI.

Índice

I Grupo Andrómeda 7

1. El eslabón 7
2. Higgs versus Kelvin 10
3. Morfina 13
4. Un tigre en el aire 15
5. Directita al infierno 18
6. Había una vez un circo 20
7. Libertad 23
8. Ultimátum 25
9. El castigo 27
10. Hacia la perdición 29
11. No hay luz blanca 32
12. Yo Somos 33
13. El minero 35
14. La mano que mece la cuna 37
15. Proyecto Eternidad 40
16. Cada vez que me muero 43
17. En el parque 45
18. Más allá de la memoria… 47
19. 1938, Objetivo: Salvación 50

II Grupo Pegaso 54

20. El recuerdo 54
21. La princesa del Séptimo Reino 55

22. Tlalocan **58**

23. El héroe **60**

24. Lana **62**

25. Su primer viaje **65**

26. El paladín y la bestia **67**

27. La sombra de Lilith **69**

28. Wyrd **72**

29. El sobrino de Dios **74**

30. Ojos Vacíos **77**

31. Bean Sídhe **79**

32. Interrogatorio final **82**

33. Siete vidas tiene el gato de la bruja **85**

34. El precio de la eternidad **87**

35. Niebla **90**

36. Condena **92**

37. La Misión **94**

38. Alyna **97**

III Grupo Casiopea 100

39. Incitados **100**

40. Urnas y velas **103**

41. Es por tí **105**

42. Siyyid 'Ali-Muhammad **108**

43. Habitación 535 **110**

44. Adiós Mentiras **112**

45. La eterna tragedia **115**

46. Carta al padre **118**

47. Lebrel **119**

48. El final de la búsqueda **121**

49. Réquiem **123**

50. La misma piedra **125**

51. El deber del menor **128**

52. Sísifo triunfante **130**

53. La última batalla **133**

54. Encuentro con lo desconocido **135**

55. Del gris al Arco Iris **137**

56. Apuestas Celestiales **139**

57. Redención **142**

IV Grupo Orión 146

58. Por una palabra **146**

59. Paseando por un jardín marchito **148**

60. Presuntos **150**

61. Anatema **153**

62. Cruce de Atajos **156**

63. El vuelo del Beatrice **158**

64. La sombra de un nombre **161**

65. El destino entre manos **164**

66. Oráculo **166**

67. La caza **169**

68. Esclavos **171**

69. La noche de la sangre **174**

70. Cronos y la Tortuga **176**

71. *Areté* **179**

72. La chica de la fila 17 **182**

73. Viento, viento **185**

74. Pablo VII **187**

75. El secreto de los últimos **189**

76. El Relevo **192**

Grupo Casiopea

Incitados

—No puede haber éxito sin sacrificios —dijo Landet.

Con la nave abollada, la mayor parte del equipo descompuesto, y con solo un cuarto de la tripulación llegaron a su planeta destino. La tripulación, que ostentaba las afiladas corazas de diamante purpúreo, no debatió su explicación y continuó andando por entre los escarpados riscos.

Hacia el final de la primera noche, un alarido de pesadilla se escuchó a la distancia, un grito más horrible como jamás nadie de la compañía había oído.

—¿Qué carajos fue eso? —se aventuró a preguntar uno.

—Un Knogang hambriento o herido. —se aventuró a contestar otro.

—Mientes. Ni ellos aúllan así. Además, no hay Knogangs en este mundo, Grazend.

—No hay mucho en este planeta. —Agregó serena la capitana— En todo el planeta solo sobrevive algo de vida en estas montañas. Y de no ser por el tesoro nadie se acercaría a este basurero.

El famoso tesoro, muchas partidas de aventureros y saqueadores que se atrevían a viajar hasta este mundo en busca del legendario tesoro que escondía en esas montañas. Se corrían historias sobre un monstruo (o monstruos) que protegían tan valioso tesoro de los extraños. Tales historias eran claramente mentiras, porque auque nadie volvía a saber de quienes osaban entrar en la montaña, y aún si se los hubiera comido tal monstruo, no quedaba nadie para contarlo.

Además, ella no era una simple corsaria, era Landet, una de las más altas capitanas en la Guardia Galáctica, cuya misión era investigar el porque de esas desapariciones... y la suerte de sus agentes predecesores.

Pese a su heroica formación y profesionalismo, Landet mentía al decir que no le interesaba el tesoro.

Mas no mentía al decir que le interesaba más la suerte de Mebesol, el agente antecesor en esta misión. Mucho se hablaba de que su relación iba más allá de lo profesional.

Tras otro día de búsqueda hallaron un nativo que los guiara. Los seres civilizados de este planeta, parecidos estructural y emocionalmente (auque con una diferencia abismal de intelecto, sin hablar de la estructura molecular) tenían apenas lo indispensable para sobrevivir además de sufrir los frecuentes acosos de los saqueadores para forzarlos a que los guiaran hacia el tesoro… Y ahora de la Guardia Galactica.

Se creía que ellos mismos habían inventado las historias de monstruos con el fin de ahuyentar a los extraños.

El guía era un varón, de edad difícil de definir en gran parte debido a que se cubría con varias capas pardas para protegerse del clima. "Aceptó" a guiarlos con la sola condición de hacerlo solo en las horas de la mañana.

Josh (así decía llamarse el nativo) hablaba un dialecto complicado incluso para el aparato traductor.

Se fueron internando cada vez más en las gargantas del monte, reinaba un monótono paisaje de desolación, interrumpido a veces por alguna brizna de hierba.

—No siempre fue así —comento el guía como leyéndoles el pensamiento— antes la tierra entera de vida rebosaba. Ahora sólo muerte perdura en las llanuras.

—Cállate y camina —le cortó Grazend.

—Déjalo. Estoy aburrida de tanto silencio. —dijo Landet, su piel adquiría cierta florescencia blanca con la luz del alba—. Entonces ¿Hablas de la radiación que asola este mundo y sus alrededores? Yo la pude atravesar con facilidad, soy Ravenini y esa es mi gran habilidad.

—Antes, hace ya una era, —continuó Josh— este mundo tan hermoso era que muchos héroes hicieron grandes sacrificios en su defensa. Todos dispuestos estaban en salvarlo. Pero llegó el mentado tesoro y mis ancestros se olvidaron de sacrificios hacer. Por eso hoy el Monstruo el monte pulula, recordándonos nuestra deuda. Y seguirá así hasta que un héroe se vuelva a sacrificar para salvarnos… Cuidado con esa roca.

—Ya me estoy cansando de tus patrañas. ¡Ay!

—Cuidado te dije. En fin, esperábamos que alguno de los forasteros nos ayudara. A cambio le llevaríamos para el tesoro a salvo. Los que solos se internaron jamás regresaron.

—¿Y los que ayudaron?

—Tampoco.

Siguieron caminando en silencio un buen tramo. Hasta que la capitana se decidió.

—¿Qué ocurrió con los que ayudaron?

—Solo algunos recuerdo de los pocos que conocí. El paladín Xilosan, un ser de energía pura constituido y hábil guerrero. Decidió ir por el monstruo y muerte darle usando los filos de luz que por todo el cuerpo le salían sin límite. Una gran batalla debió darse, pero el paladín inevitablemente perdió. Sin embargo, malherido el monstruo quedó y desde entonces ruge tortuoso al amanecer. Un alarido espantoso, les digo, pero lo delata y eso gran ventaja nos da.

La tripulación intercambió miradas nerviosas. Recordaron (auque tal grito era imposible de olvidar) lo que oyeron la primera noche.

—…y ahora que la veo a usted, me recuerda mucho a otro —Continuaba Josh— quizá de su estirpe.

—¿Cómo se llamaba? ¿Mebesol? —inquirió sin pensarlo Landet.

—Su nombre no nos dijo, otro corsario era, supongo, pero cuando atrapado se vio por el Monstruo, presto accedió a la solución buscar. Usando sus dones para viajar por el espacio y las indicaciones del Monstruo, viajó cada vez más alto y lejos hasta hallar El Corazón del

Universo. Un mecanismo que es a la vez el centro y la circunferencia de la realidad. Una vez ahí, conectado se vio a un torrente de Poder infinito. Se suponía que usarlo debía para ayudarnos como prometido estaba. Sin embargo, decidió usarlo para huir y con su gran amor regresar. Auque romántico su deseo, indigno se mostró al Poder y este lo abandonó en algún confín del frió cosmos…

Y antes de que algo más pasara, un grito desgarró la fría paz del amanecer. Esta vez muy cerca.

Grezed no esperó órdenes y disparó hacia el desfiladero de donde provenía. El autor de tan espantosos alaridos logró saltar a tiempo sólo de milagro, mas no pudo salvar todas las plumas de su cola de ser "quemadas" por la ráfaga de plasma. Era un gallo viejo, flaco y clueco lo que se dejo ver en todo su esplendor mientras huía por la cañada… dando auténticos alaridos de terror.

Landet y su tripulación, quietos, auque jamás habían visto un gallo en su vida, comprendieron.

—…Porque yo soy un Humano, y mi gran habilidad es inventar historias.— Dijo Josh en el silencio que siguió.

Como queriendo borrar esas palabras, un soplo de viento cruzó en ese instante la cañada. Pero sólo barrió polvo y cenizas.

—Mentiras —habló finalmente Landet y su voz temblaba de rabia— sabía que todo esto de los monstruos era mentira, una asquerosa mentira. Sábete que tu sacrificio fue en vano. Morirás sabiendo que tu tesoro será mío.

—La mentira… —dijo el humano ensanchando una sonrisa— …es lo del tesoro.

Ocurrió demasiado pronto, la tierra bajo los pies de los extraños se abrió como unas fauces gigantescas. Las fauces de una fiera que reclama sangre. Todos los que creyeron en la carnada se precipitaron dentro de la garganta, cuya saliva y lengua eran torrentes de magma. Todos, excepto Landet, pues consiguió aferrarse de uno de los incontables "dientes" del precipicio infernal. En vano intentó buscar apoyo, colgaba indefensa y, auque toda su tripulación ya se había perdido de vista en lo profundo y horrible de la fisura, le llegó el sonido de corazas trituradas y huesos de silicio machacados una y otra vez. Pero, sobre todo a ese estruendo se impusieron los gritos. Gritos tan desgarradores como jamás creyó que algún ser del universo fuera capaz de producir. Con un eco funesto se fueron apagando en la lejanía.

Josh se asomó sobre ella.

Tanto sacrificio y tanto dolor, pensó él. Todo para defender los dones del planeta. Y luego tanto sacrificio y tantas mentiras para mantener viva esta tierra. Pero ahora esto incluso corría peligro. Ahora se haría un sacrificio más.

—El también te mintió —le dijo casi en susurro a la capitana— "Meb" nos rogó que lo dejáramos ir y a cambio nos traería a una verdadera heroína para ocupar su lugar. Una heroína cuyo sacrificio salvaría nuestro mundo. Si realmente no me mentía, entonces yo sabía que vendrías de todas formas.

Landet empezó a gritar aún antes de perderse de vista, de hecho empezó a gritar casi inmediatamente de que Josh diera un pisotón para desprender la piedra a la que se aferraba. Luego se unió el estruendo de una armadura al destrozarse y el grito se volvió más desesperado (si es que eso era posible) hasta perderse.

Como satisfecha por esta última ofrenda, la tierra cerró sus fauces.

Y se hizo de nuevo el silencio, las montañas mismas parecían haber enmudecido de terror.

Una sola lágrima recorrió la mejilla del humano Josh.

—¿Es todo esto necesario? —interrogó al oscuro vacío.

—No hay éxito sin sacrificio —respondió, no el vacío, sino una muchacha de su estirpe que salió de las sombras.

—Sacrificio —repitió él con brusquedad, como si la palabra tuviese un sabor insoportable— El sacrificio que nadie nunca sabrá, el sacrificio de esconderse en una mentira porque… ya nadie se sacrificará por nosotros.

(Sacrificio – Mentiras)

Urnas y velas

Hay quien dice que estoy muerto. Y no le falta razón. Después de todo, estoy muerto. Al principio cuesta admitirlo, desde luego. ¿Cómo puede ser que esté muerto, si estoy vivo, o al menos me lo parece? Eso pensaba yo. Pero luego va pasando el tiempo y la gente va envejeciendo y muriendo, y los arbolillos se convierten en árboles gruesos y altos y se marchitan y caen, y yo sigo aquí, igual que al principio. Eso ayuda bastante a aceptarlo.

Y asusta. Yo me asusté. Porque ya no estoy vivo y por lo tanto no puedo morir, pero tampoco he dejado de existir. Da vértigo. Jamás o para siempre son expresiones que cada vez me gustan menos.

No sé con exactitud cuándo morí, aunque estoy casi seguro de que fue el mismo año en que los franyi nos arrebataron Jerusalén. Ni me di cuenta. Todavía no me explico cómo lo hizo. En aquel entonces la gente tenía creencias distintas, otras inquietudes. Se estudiaban ramas del saber que hoy en día se tienen por supersticiones o fantasías de gentes que tratan de evadirse de la realidad. Si supieran hasta que punto son ciencias reales no las ignorarían.

Sé que fue cosa suya. Tenía libros que ya eran muy antiguos entonces, libros de arcanos hechizos, de lenguaje enrevesado y críptico, que interpretaban y copiaban en su familia. Yo era un príncipe poderoso que no soportaba dejar insatisfecho el más mínimo de mis deseos. Traía a mi harén a todas aquellas mujeres que me atraían de una u otra manera. Y cometí el error de elegirla a ella, y peor aún, dejar que se enamorara de mí. Es lo que pasa cuando una hechicera poderosa se enamora de uno y luego no se es todo lo fiel que ella espera. Debió sentarle fatal que pocos años después me encaprichara de otra y la convirtiera en mi favorita. Hay decisiones que cambian la vida de una persona, y esta serie de decisiones cambiaron la mía. ¿Podría haber sido de otra manera? Quizás ya no tenga sentido planteárselo. Ya no puedo cambiar el pasado.

Con el tiempo me he vuelto un gran aficionado de estos temas yo también. No me quedaba otra. Mientras los mamelucos defendían la ciudad de El Cairo del ataque del sultán Selim I, pasé una par de noches encerrado en el harén de un alto funcionario. Perseguía a una mujer famosa por su sabiduría, pero acabé sucumbiendo a sus encantos. Ya estaré muerto, no podré morir, pero no soy insensible a los dolores y placeres del cuerpo. Hay cosas en mí que no han cambiado a pesar de las nefastas consecuencias que me han traído. A veces pienso que no podría cambiar por más que lo intentara, que todas las decisiones están ya tomadas y no hacemos otra cosa que seguir el camino que nos han marcado. Me contó algo

sobre un palacio lleno de velas metidas en pequeñas urnas de cristal, en una isla Griega frente a Atenas. Igual me dijo qué isla era, igual me hizo aconsejó que no fuera solo, pero tampoco prestaba mucha atención a lo que me decía. Cuando las tropas del sultán entraron en El Cairo se la llevaron, mientras yo, un príncipe en otra época, fui capturado y torturado durante muchos días. Acabé arrastrándome por los callejones oscuros para escapar de la ciudad en guerra.

Después de aquello me costó bastante tiempo encontrar a alguien instruido en estos temas. Fue en el París ocupado donde encontré a una chica judía a la que protegí y no denuncié. A cambio me contó algo que había leído en un libro cuando nadie la veía. Me reveló el nombre de la isla y como terminar con mi maldición.

Aproveche la guerra civil griega para llegar hasta la isla y alcanzar los restos en ruinas del palacio, o del templo, ya no se distinguía bien. Para mi sorpresa encontré allí a la causante de mi maldición, tan hermosa como siempre.

—Otra vez nos encontramos —le dije.

Estaba sentada en una gran piedra caída del friso del templo, frente a la antigua entrada, en una explanada inundada de luz. Y así siguió, haciendo como que no hablaba con ella. Parecía muy triste y melancólica, quizás atrapada en reflexiones abrumadoras sobre los requiebros de la vida y su irónico sentido del humor.

—Otra vez —dijo al fin.

Hablaba sin emoción, casi sin ganas, en un tono monótono y bajo. Me senté junto a ella en la piedra y nos quedamos mirando los dos al frente, relajados, sin prisas, altamente conscientes de la presencia del otro.

—Otra vez —repitió, casi un susurro en la deslumbrante quietud de la plaza.

Ya no tenía sentido hablar de rencor ni de perdón, no después de tanto tiempo. Los sentimientos ya habían quedado olvidados.

—Sé como puedo morir —me decidí a confesar.

Ella me miró por primera vez y no dijo nada.

—A eso he venido.

Nos miramos durante un rato hasta que habló por fin.

—Yo lo sé desde el principio. No es la primera vez que vengo. Nunca he podido hacerlo.

—Si quieres, podemos entrar juntos —me ofrecí mientras un escalofrío me recorría la espalda. No entres solo, me habían dicho una vez.

Ella asintió muy despacio y sonrió solo un poco. Luego atravesamos la puerta.

Algo cambió cuando entramos, al principio un cambio sutil en la intensidad del sol, después cambió el edificio entero. Aparecieron de nuevo las paredes, los frescos, el techo, con el mismo efecto del que rebobina un video de un edificio desmoronándose. Al final del proceso nos encontramos en una habitación alargada tremendamente grande iluminada con hileras de lámparas cargadas de velas colgadas del techo. Alineadas contra las paredes había estanterías cargadas con pequeñas urnas de cristal. Dentro de cada urna temblaba la llama de una vela. Las urnas que estaban cerca de la puerta se veían nuevas y la llama se movía alegre dentro de ellas. Conforme fuimos avanzando las urnas se veían más estropeadas, hasta que llegamos al final de la sala, donde estaban las urnas más antiguas. Tenían el cristal tan viejo que había dejado de ser transparente. Había que suponer que tenían una vela dentro.

—¿Cuánto tiempo llevan así? —preguntó asombrada. Capturé un destello de pánico en sus ojos, quizás porque temía acabar viviendo todo ese tiempo. —¿Habrán venido alguna

vez hasta aquí? ¿Cuántas veces en tanto tiempo? No quiero esta agonía —terminó con la voz temblorosa.

—Mejor busquemos las nuestras. Seguro que es más fácil ahora que estamos los dos —le respondí aparentando una seguridad que no sentía.

Mientras retrocedíamos hacia la puerta se paró frente a una de las estanterías y cogió una urna. Era tan pequeña que cabía en la palma de una mano. El cristal era ya translúcido y no tenía ninguna inscripción ni marcas de ningún tipo. La miró indecisa durante un rato.

—Hazlo tú —me dijo tendiéndome la urna—, yo no puedo. Ya estoy cansada de esperar sentada allí fuera. Por favor.

No tuve valor para negarme. La dejé caer. No la miramos mientras caía. Presentía que estaba equivocándome otra vez, que no debía precipitarme. Pero quizás era algo ya decidido y no dependía de mí, quizás era inevitable.

Dio un respingo cuando la urna se hizo añicos al chocar contra el suelo. La vela rebotó y rodó un poco aún encendida. Luego se apagó y ella se desmoronó como un montón de cenizas puesto de pie.

Durante un rato no pude hacer otra cosa que mirar las cenizas amontonadas en el suelo. Me sentía infinita y absolutamente solo. Luego seguí andando hacia la puerta, aunque no avancé mucho. Una de las urnas llamó mi atención, una que no se distinguía en nada de las que la rodeaban. Sentí la irresistible necesidad de tocarla, y como un autómata la cogí. La observé mientras reunía el coraje suficiente. Sabía que aquella vela era la que mantenía la llama de mi vida antinatural. Muchas veces quise abrir la mano. Fui incapaz.

No la entendía cuando hablaba de dudas. Ahora la entiendo demasiado bien. He vuelto por allí otras veces, prefiero no contarlas. Me desmoraliza. Siempre acabo sentado en la gran piedra donde la encontré, igual de melancólico y triste que ella. No tengo esperanzas de reunir el valor suficiente para soltar la urna. A veces encuentro a alguien dentro del palacio, a veces esperando en la piedra, siempre indecisos. Ninguno a querido hacerlo. Y cada vez quedan menos urnas en las estanterías.

Supongo que he de quedarme así. Ya no tengo muchos recuerdos de cuando estaba vivo, pero sí recuerdo con meridiana claridad todas las veces que presentí la mano oculta que torció mi vida. Mucho me temo que para siempre.

Eternidad – Destino

Es por tí

Darlo entró en la pequeña estancia que hacía las veces de comedor, cuarto de estar y recibidor de clientes de Yerii. La encontró recogida sobre sí misma, huidizos sus ojos rojos de llanto reciente, como tantas veces últimamente.

—¿Lloras?, ¿Por qué lloras? —le pregunta recostándose junto a ella, limpiando suavemente las ajadas mejillas de la mujer con la punta de sus dedos tan suavemente como si lo hiciese con el más fino pañuelo de seda. La atrae hacia sí y abrazándola, se levanta cargando con ella, cuidando de que su larga y grisácea trenza no se enganche. La lleva a la alcoba, más bien mísera celda con un camastro de paja, y la tiende en la cama.

Yerii no puede olvidar la auténtica razón de su dolor pero entre sollozos consigue articular unas pocas palabras para excusar su estado.

—Es sólo esta mísera vida, hijo mío. Atendía un individuo, el mal nacido quería una pócima. Se la di y me pagó. Pero cuando vi en mi mano esas míseras monedas, cuando me di cuenta que no he podido conseguir para ti más futuro que aprendiz de un mago que es más un charlatán que otra cosa. Cuando pienso que tus poderes para la magia son tantos que debieran ser los grandes magos los que reclamasen tus servicios, siento tal congoja que se me parte el corazón.

—No me importa madre. Más me apena abandonarte. Me tienes preocupado. Creo que debiera quedarme a cuidar de ti, aprendería tus artes y me ganaría la vida como tú lo has hecho.

—¡No! Eso ni se te ocurra hijo mío. Debes construir tu propio destino y, lo que es más importante, debes aprender a dominar tus poderes. No se hable más.

Al poco de irse Darlo, Yerii se levanta del camastro y coge su más valiosa posesión, una caja de madera primorosamente tallada. Revisa una vez más su contenido, los objetos, como en cada ocasión, le hacen recordar el pasado.

El mercado de Lladeea era el lugar más adecuado para cumplir la misión que le había encomendado el Consejo de Almas. En medio de la multitud, Xaina no se percataría de la presencia de Yerii, y ésta podría cumplir la orden de ejecución. Yerii estaba confiada. Desde hacía tiempo le encomendaban las tareas más complicadas, la ejecución de las hechiceras negras, los peores seres del mundo, los que usaban la magia para hacer el mal, pero no un mal cualquiera, el mal capaz de romper el equilibro con el bien, el mal capaz de destruir el mundo.

Xaina tomó un oscuro callejón desierto. Yerii sabía que o actuaba rauda, o debería abandonar la persecución para no ser descubierta. Pero en ese caso tal vez perdería el rastro de Xaina. Un rastro que llevaba buscando desde hacía cuatro meses. Mirando fijamente la ya lejana espalda de la hechicera negra tomó la decisión.

Atacó de una manera limpia y rápida. Xaina apenas percibió lo que le iba a ocurrir y no tuvo tiempo de decir nada, sólo un lamento salió de sus ya casi inánimes labios. Pero fue ese lamento el que hizo que Yerii se acercase, que diese la vuelta al cadáver, que apartase los ropajes, que viese su vientre voluminoso. Xaina estaba embarazada.

La criatura estaba muerta, eso era indudable. Yerii jamás había dañado a nadie que no lo mereciera, era algo que no cabía dentro de su mente.

Yerii debía decidir rápido, consciente de que al usar sus poderes para devolver la vida a la criatura, consumiría para siempre toda su magia, su posesión más preciada. Pero cuando tuvo a la criatura entre sus brazos, un niño, mirando el vientre desgarrado de Xaina, supo que no volvería al Consejo de Almas, que no era suficiente con salvar la vida del niño, pues lo que le había quitado era también a su madre.

Decidió que fuera como fuese, ella criaría al hijo de Xaina como si fuera propio. Era consciente de que su nueva vida y sus nuevas obligaciones la relegarían a una mísera existencia, subsistiendo con lo poco que pudiera conseguir ganándose la vida como vidente, una ocupación que las hechiceras consideraban la escoria de aquellos que se dedicaban a la magia porque no requería poder alguno, sólo unos pocos conocimientos de psicología y algunas pócimas que cualquiera podría crear.

Darlo entró en la habitación de Yerii al poco. La vio recostada en el jergón, cerrados los ojos y su respiración tranquila y acompasada. Pero no se dejó engañar, hora a hora sabía que

sus poderes mágicos crecían, cada vez podía confiar más en ellos. Sabía que su madre no dormía.

—¿Te encuentras mejor?

—Sí, ya me he tranquilizado un poco. ¿Has elegido los objetos que te vas a llevar?

—Creo que sí, todos eran de mi otra madre.

—Desde luego, son los únicos que te valdrán en tu nueva vida. Me alegro ahora de haberlos recogido cuando tu verdadera madre murió. Cargar con ellos en aquel momento me produjo una enorme angustia. Ya sabes que no puedo ni verlos, que me hacen recordar los momentos que pasamos tu madre y yo. La quería mucho.

—No puedes imaginar lo feliz que me hace que mi otra madre — Darlo nunca olvidaba referirse a su auténtica madre como "mi otra madre" para no herir a Yerii —y tú fueseis tan amigas.

Yerii le había dicho a Darlo que ella no era su verdadera madre. Sabía desde el principio que Darlo tendría poderes y que antes o después él mismo adivinaría que ella no era su auténtica progenitora. Esa había sido también en parte la razón de alentar a Darlo a que se fuera, antes de que sus poderes fueran tales que descubriera por sí mismo la verdad de su pasado.

Llegó el día de la partida de Darlo. Yerii se encontraba en la habitación principal. Entre sus manos bailaba la muerte. Muerte en forma del veneno que había preparado. La razón de su vida durante los últimos veinte años, desde que mató a Xaina había sido Darlo, y éste se iba para no volver jamás. No quería vivir con la angustia que le atenazaba el corazón. Darlo averiguaría su pasado en poco tiempo por efecto de sus poderes o en su deambular acompañando a su nuevo preceptor. Yerii no quería estar viva cuando ocurriera, era incapaz de enfrentarse a Darlo si éste volvía pidiendo algún tipo de explicación o buscando venganza.

Darlo entró en la habitación. Extrañamente no llevaba su ropa de viaje, sino el cómodo y desgastado atuendo que usaba para estar en la casa.

—Es la hora madre.

—Lo sé, hijo mío. Pero ¿Cómo es que no estás aún preparado para la partida?

—Porque no me voy. No, no te exaltes, porque tampoco me quedo. Voy a iniciar un viaje que no tendrá regreso, es cierto. Pero no voy solo. Voy con el ser a quien más he amado y que más me ha amado a mi. Voy contigo en este viaje eterno.

Yerii lo miró asombrada durante un segundo, el tiempo que le costó entender que Darlo había averiguado la verdad, incluso cuáles eran sus intenciones. Únicamente lamentó no haber sabido ver que la magia se fortalecía en él más rápido de lo que ella había previsto. El recuerdo de los innumerables momentos de angustia que había pasado al imaginar que algo así ocurriría no pudieron alejar de ella la agonía que sintió al pensar que Darlo tenía intención de compartir su oscuro destino. Las lágrimas afloraron a sus mejillas pues la pena que sintió ningún ser viviente podría haberla imaginado.

—¡Pero no puedes acabar así tú también! ¡Tienes toda la vida por delante! Cumple con tu obligación. Mátame y olvídame. Nos lo debes a las dos.

—Es cierto que mi obligación es vengar a mi madre. Lo siento en lo más íntimo de mi. Sé, sin que nadie me lo haya enseñado que la magia exige que mueras a mis manos ya que conozco la verdad. Mi magia procede de mi madre y tú mataste la magia que mi madre poseía. Al menos eso es lo que me dicta el corazón.

—Sí, es nuestra ley. Pero tú no tienes por qué morir.

—¿Cómo puedes decir eso? ¿Cómo podría matar o dejar morir a la persona que me ha dado hasta su vida? No. Mi decisión está tomada. Tú eliges. Partimos juntos al último viaje, o lo iniciamos por separado.

A pesar de carecer de sus poderes, Yerii sabía que la decisión de Darlo era inquebrantable. No pudo sino aceptar el destino que había marcado el fin de los días para ambos.

Ya no dijeron nada más. Darlo preparó las copas. Bebieron el veneno y partieron hacia el más allá. Yerii en los brazos de Darlo, casi en la misma postura que cuando él no podía dormir y Yerii lo abrazaba hasta ahuyentar sus pesadillas.

Mentiras – Sacrificio.

Siyyid 'Ali-Muhammad

"…Sé tan firme en Mi amor que tu corazón no vacile, aunque las espadas de Mis enemigos descarguen golpes sobre ti, y los cielos y la tierra se levanten en tu contra…"
Tabla de Ahmad. Bahá'u'lláh.

La calle estaba desierta. A esas horas de la noche, cualquier vestigio de vida humana había desaparecido. Farid caminaba por las calles de la hermosa ciudad de Tabriz, al noroeste de Persia. Cuando la tarde languidecía, había abandonado la mezquita con tal confusión, que había caminado sin destino durante más de tres horas.

Terminaba el 8 de julio de 1850. Para el día siguiente había programada una importante ejecución: un agitador del pueblo —así lo calificaban los líderes religiosos del país— sería condenado a muerte por soliviantar a la población con ideas contrarias al sentido común. La realidad era bien distinta; un tal Siyyid 'Ali-Muhammad, se proclamaba enviado de Dios y predecesor del sucesor de Mahoma, Cristo y el resto de profetas. Las autoridades del país no podían tolerar semejante afrenta al régimen establecido. En pocas horas, el problema sería atajado de raíz, no había motivo para preocuparse.

Unos tímidos rayos de luz, que atravesaban las rendijas de las ventanas de madera, se posaron insistentemente en los ojos de Farid. Vivía en una modesta casa de adobe, pero era más de lo que la mayoría de sus amigos podían decir. La había heredado de su padre, que había muerto años atrás tras una enfermedad interminable y dañina. Farid trabajaba como escriba al servicio del ejército del Sha —gobernante supremo—, en el destacamento militar de la ciudad, por lo que ese día no podía quedarse dormido: tenía que redactar los documentos oficiales que precederían a la ejecución y registrar por escrito todo el proceso, hasta certificar la muerte del reo.

Se vistió y realizó sus abluciones con tranquilidad, recogió sus útiles de trabajo y se encaminó, como cada mañana, a su puesto de trabajo. Sin embargo, ese día no sería como el resto, ese día marcaría su vida para siempre.

El camino desde la casa de Farid hasta el acantonamiento del ejército solía convertirse en un paseo ligero y agradable, pues atravesaba varios jardines repletos de rosas cuyo aroma llegaba hasta lo más profundo del corazón de los viandantes. Sin embargo, ese día estaba siendo diferente: cientos de personas, a pesar de lo temprano de la hora, acompañaban a Farid en su rutina diaria, haciendo que éste se sintiera muy incómodo. Nunca había entendido las muertes innecesarias, pero mucho menos que la gente disfrutara con ellas.

Después de poco más de diez minutos de agobiante paseo, por fin se encontraba en su pequeño pero acogedor despacho. Preparó el material necesario para desempeñar su labor durante la ejecución y se dirigió al puesto de guardia para acompañar a los soldados que debían conducir al preso al paredón. Caminó por los oscuros pasillos del acuartelamiento, que tuvo que cruzar casi de parte a parte, y, cuando sus pasos lo llevaron a la bifurcación de los calabozos, se encontró con los dos soldados.

—Los fusileros armenios esperan impacientes, Farid —dijo uno de los guardias—. Vamos a por el prisionero.

Farid asintió sumiso y siguió a los dos militares por el corredor que se adentraba en los calabozos. Con cada paso que daban, la lobreguez y la humedad iban en aumento, y el pobre Farid se martirizaba pensando que iban a cometer un crimen y no un ajusticiamiento. En esas estaba, cuando sus acompañantes se detuvieron frente a una puerta de hierro. Uno de ellos, el que no había hablado con él, sacó un enorme manojo de llaves y, eligiendo una, la introdujo en la cerradura. Con un crujido, señal de que la elección había sido correcta, la puerta se abrió. En su interior, un hombre de mediana estatura y barba de varios días, dictaba, como un profesor a un alumno, una retahíla de frases sin pausa. Frente a él, un joven, que no contaría con más de dieciséis años, copiaba a la misma increíble velocidad con la que el otro hablaba.

Siyyid 'Ali-Muhammad, también conocido como el Bab —la puerta, en árabe— y Anís, un joven escriba que había pedido permiso para acompañarlo en sus últimos días de vida.

—Ha llegado tu hora.

La voz del soldado no dejaba lugar a la réplica, sin embargo, el Bab, mirando fijamente a los ojos del guardia replicó:

—Ningún poder terrenal puede dictaminar cuál es mi hora. Dios es mi Señor y sólo ante Él rindo mis cuentas. Cuando termine de revelar mis enseñanzas a mis seguidores, atenderé tu requerimiento. Los soldados se removieron inquietos sobre sus lugares. Mientras, Farid anotaba todo lo que sucedía. Viendo que el preso no tenía intención de moverse, los dos soldados, como un solo hombre, lo agarraron por los brazos y lo sacaron a rastras de la celda. El joven amigo del reo, demostrando una fuerza de espíritu que Farid hubiera querido para sí, se interpuso entre los guardias y su amigo.

—Tendréis que asesinarme a mí también. —Les espetó con tranquilidad—. Nadie impedirá que mi maestro cumpla su albur.

—Así sea. —Exclamaron los guardias al unísono—. Compartirás su funesto destino.

La plaza del acuartelamiento estaba a rebosar de testigos, más de diez mil almas se arremolinaban sobre los barracones y las casas que rodeaban el lugar. La mayoría disfrutaba con el espectáculo, pero algunos sufrían por lo que consideraban una injusticia.

En el escenario, setecientos cincuenta soldados armenios, dispuesto en tres filas de doscientos cincuenta hombres cada una, esperan la señal de disparo para ajusticiar a los dos reos. Dos hombres, sí, porque el joven Anís había sido arrastrado junto a su amigo y ahora colgaban los dos, atados por las muñecas, del muro de fusilamiento.

—¡Fuego!

La voz del capitán del regimiento hizo que el murmullo que se enseñoreaba del lugar se acallara por unos instantes, dejando paso al fuerte tronar de los arcabuces. Fue tal la polvareda que se formó debido al humo de los fusiles y de la tierra que saltó con los impactos que, durante varios minutos, nadie consiguió ver nada. Conforme la plaza se fue despejando, los murmullos fueron dejando paso a los gritos de incredulidad convirtiendo la

plaza en una algarabía: El Bab había desaparecido, y su joven compañero Anís, permanecía en pie, sin un solo rasguño, con las cuerdas que ataban sus manos destrozadas por las balas.

Se movilizó a toda la guardia para que se buscara al prisionero desaparecido y, tras una hora de investigación, a Farid se le ocurrió mirar en la celda del reo. Y allí encontró al Bab, dictando sus últimas enseñanzas a uno de sus seguidores —que había acudido presto para ayudar a su maestro—, para que fueran difundidas. Al poco tiempo, los mismos guardias que habían llevado al prisionero al paredón, aparecían de nuevo en la puerta de la celda.

Antes de que ninguno de ellos fuera capaz de reaccionar ante la visión del prisionero, sano y salvo, fue él quien tomó la iniciativa:

—Ya os dije que sólo Dios tiene poder para decidir cuándo ha de cumplirse el destino que Él ha elegido para mí. Ninguna autoridad terrenal podrá nunca ensombrecer Su Gloria. Ahora podéis cumplir vuestro cometido.

Una vez en el paredón, los soldados armenios se negaron a volver a disparar. Tuvo que ser un contingente musulmán el que abriera fuego sobre los dos amigos. En esta segunda andanada, los cuerpos resultaron acribillados, transformándose en un amasijo de sangre, carne y huesos, pero, curiosamente, los rostros de los dos ajusticiados quedaron incólumes.

La vida de Farid, como la de los más de diez mil testigos de aquel suceso, nunca volvió a ser la misma.

Dioses – Destino

Habitación 535

—¡¡Oh Dios mío!! —pensé en este mismo instante— no puedo creer que esto me este sucediendo a mi, si hace escasamente doce horas estaba en mi casa desayunando tranquilamente. Sentí un dolor sordo en el pecho al recordar que todo aquello podía haberlo evitado con el simple gesto de devolver el paquete a su verdadero destinatario.

Aquella mañana soleada alguien llamó al timbre, dejé mi tostada en la mesa y abrí la puerta. Era el cartero que traía un paquete sin destinatario. Firmé el recibo y abrí el paquete. Allí había un sobre, junto a un traje negro precioso y multitud de objetos raros.

Lo primero que hice fue abrir el sobre, que contenía una carta que iba para un tal José Enrique García, un carné y otros objetos identificativos. Al ver la foto del carné, no pude reprimir mi sorpresa pues se trataba de mi vecino de enfrente, estaba claro que el cartero se había equivocado. Debí haberlo cerrado todo y entregárselo a mi vecino en ese momento, pero mi curiosidad pudo más y me puse a leer la carta.

La carta era muy escueta y simplemente decía que ya estaba todo preparado y que simplemente debería ir al Hotel Hilton, a la habitación 535, con el carné le dejarían pasar sin ningún problema. Increíble —fue lo primero que pensé— el Hilton nunca imaginaria que tendría la posibilidad de entrar en una habitación de allí. Más adelante explicaba también el funcionamiento de alguno de los objetos, esto es igual que en una película de espías.

Había un reloj que disparaba un rayo láser, unas gafas de sol con visión de rayos X y visión nocturna, y algunos otros aparatitos muy interesante. Tras ver todo esto, tome la peor decisión que podía haber tomado. Decidí suplantar a mi vecino, cambie su foto por la mía en el carné —un hecho que me resultó mas fácil de lo que imaginaba— me puse el traje, que me quedaba increíblemente bien, me puse el reloj, las gafas de sol y me dispuse a disfrutar de este regalo caído del cielo.

Lo primero que hice, como creo que hubiera hecho cualquier otro hombre, es ir a probar esas gafas, así que me dirigí al parque mas cercano y en cuanto paso una chica active la visión de rayos X. Quede anonadado al comprobar que los rayos X solo afectaban a la materia inorgánica con lo que pude ver a esa chica en su máximo esplendor. Estuve observando de esa manera a varias mujeres hasta que recordé la habitación del Hilton. Fui dando un paseo hasta llegar a la puerta del hotel, estaba bastante nervioso, respire hondo y entre con paso decidido hasta la recepción, le dije que tenia una reserva, le enseñe el carné y espere mientras el recepcionista iba a comprobar los datos. Fueron unos minutos bastante tensos, pensando que iba a ver la falsificación o que todo lo de la carta no era mas que una broma de mal gusto, pero nada de eso paso y a los pocos minutos ya estaba allí con la llave de la habitación.

Subí por el ascensor hasta el último piso, donde estaba la habitación, abrí la puerta y note como alguien me golpeaba, perdiendo el sentido antes de poder verle la cara. Cuando desperté estaba en la habitación pero rodeado de varios tipos encapuchados, con un signo extraño en la ropa y apuntándome con una pistola, de entre todos ellos sobresalía uno, el único sin arma, que fue el que se dirigió a mi.

—Bueno, señor García, al fin tenemos el gusto de vernos cara a cara —dijo mientras se despojaba de la capucha.— No sabe como he esperado este momento. Tras haber frustrado tantos de nuestros planes, es un placer inmenso haberle capturado.

—Espere, creo que debe saber una cosa, yo no soy García solamente fingí ser el, mentí para poder disfrutar de una habitación que no podría permitirme y usar estos objetos tan curioso, pero de verdad que no se a que se esta refiriendo.

—Si quieres intentar librarte de esto, tendrías que inventarte algo mejor, pero tampoco te iba a servir de nada, mi departamento de espionaje lleva mucho tiempo siguiéndote y te han enviado ese paquete que has recibido, así que no hay error posible.

—Pero es que...

—Ni peros ni nada, cállate y escucha si no quieres que te disparemos. Si te fijas tienes un brazo atado a una bomba, pero te hemos dejado libre la mano del reloj para que puedas cortar la cadena si es tu deseo. ¿Te preguntaras por que te dejamos con la posibilidad de librarte de la bomba?

—Asiento con la cabeza

—Muy sencillo, esa bomba no es una bomba normal y corriente, es una bomba neurológica, y tiene un alcance de 100 kilómetros a la redonda. Es decir freira el cerebro a todos aquellos que se encuentren a 100 kilómetros de la explosión, excepto si están protegido por un material de nuestra invención. Como habrás podido suponer, esta habitación esta forrada de ese material, es el único lugar de la ciudad donde se estaría a salvo de la explosión, excepto si es el núcleo de la misma...

—En cuyo caso solo afectaría a la gente que este dentro de esta habitación —terminó yo.

—Efectivamente. Bueno señor García debemos despedirnos ya, tienes 5 minutos para decidir si mueres tú o nos matas a nosotros y al resto de la ciudad. Por cierto, cerraremos

la puerta con llave y las ventanas son irrompibles para evitar que pueda propagarse la explosión, pero con esas maravillosas gafas seguro que encuentras la forma de desacerté de la bomba si es tu decisión.

—¿Por qué?, ¿por qué haces esto? ¿Por qué me das la opción de salvarme?

—¿Por qué? Sencillo, lo hago por venganza, por destrozarnos tantos planes. Y el darte la oportunidad, simple, por que hagas lo que hagas ganamos nosotros. Si tu mueres nosotros ganamos, si escapas morirán miles de personas y será responsabilidad tuya ¿podrás vivir con ese peso en tu conciencia?, no lo creo, y aunque no fuera así, la muerte de miles de personas nos ayudaría en nuestros planes de conquista, así que hagas lo que hagas nosotros ganamos.

Tras estas palabras se fueron yendo uno tras otros, oí como se cerraba la puerta y vi como el contador de la bomba empezaba a bajar. Así me encuentro ahora, sopesando mis opciones.

Por un lado estaba la opción de sacrificarme para que miles de personas pudieran sobrevivir, mientras que en el otro lado de la balanza estaba el sacrificar a miles de personas y parte de mi alma para que pudiera seguir viviendo.

¿Podría vivir con ese peso sobre mí? Si lo pienso fríamente en esta ciudad solo tengo un trabajo de mierda con un sueldo ínfimo, claro que también están aquí mis familiares y mis amigos que morirían si decido salvarme. Quedan 3 minutos. Es la decisión más difícil de mi vida, y tengo que tomarla por culpa de una mentira. Morir o matar a mis seres queridos junto al resto de la ciudad.

Quedan 2 minutos. Tengo la decisión tomada, utilizo el láser de mi reloj, rompo la cadena que me ata a la cadena. Queda un minuto y medio. Me colocó las gafas y encuentro una abertura y el interruptor para abrirlo. Corro hacia él, solo queda un minuto, lo pulso, se abre el hueco hacia el exterior y lanzo la bomba hacia el exterior.

Cierro la abertura y miro a la ciudad durante este último minuto de vida. Pienso en que acabo de sacrificar la vida de miles de personas para tener la oportunidad de empezar mi vida desde cero.

La bomba explota cubriendo toda la ciudad con un resplandor azul, mientras lo miro no puedo evitar que una lágrima recorra mi mejilla. Pedro ha muerto con esta explosión, mi nombre es García, José Enrique García.

Mentiras – Sacrificio

Adiós Mentiras

Me desperté somnoliento, como si hubiese estado trabajando toda la noche. Abrí los ojos lentamente para descubrir que el alba apenas había comenzado a levantarse o que, quizás, el ocaso hacía poco que había pasado. Un extraño velo enturbiaba mi mente ahora que empezaba a desperezarse.

Fuera, a lo lejos, se oían los cánticos de los fieles que de vez en cuando se acercaban al templo a expiar faltas o pedir perdones. Me levanté lentamente, pues a ciertas edades conviene hacer los movimientos lentos y pausados para no caer y lastimarse. Acerqué mis pasos de anciano al ventanal y me asomé a la plaza para tomar aire y dar gracias al supremo. Descubrí que el firmamento estaba oscuro y que las farolas estaban encendidas, pero la plaza

tenía una luz extraña, como si miles de velas estuvieran encendidas y las sombras bailaran entre las columnas y las luces juguetearan por las fachadas. No había nadie corriendo por las calles mojadas, ni paseando, ni trabajando.

Dejé las puertas entreabiertas para refrescar la habitación y me vestí con la bata blanca para dirigirme a los sótanos, aquellos oscuros pasajes y estancias húmedas que había estado visitando en los últimos días —antes de los oficios, antes de que nadie despertara o solicitase quehaceres— y que contenían los secretos más ocultos, los enigmas más negros.

Durante mi deambular por los pasillos, escaleras y salas de aquel grandísimo palacio y templo, descubrí que se habían distraído algunas normas básicas de cuidado y limpieza. Encontré varios maletines en una gran mesa, algunos con sus contenidos desparramados. Sin duda, algunos prelados habían estado debatiendo y habían dejado sus efectos olvidados y desordenados. Encontré también luces encendidas donde no debían estarlo y restos de comidas olvidadas en mesillas y asientos. Pasó por mi mente avisar a algún guarda o despertar a algún *oficiante* para que pusiera orden, dar algunas voces, regañar a uno o a dos, pero me lo pensé mejor, ya había muchos que pensaban que era uno de los dirigentes de la orden más rígidos e intransigentes que se habían conocido y por una vez no quería seguir alimentando esa impresión que todos tenían de mi persona.

Me concentré en llegar a la sala del subsuelo que tenía amontonados los pergaminos, libros, códices y tratados que llevaba años estudiando y que, desde hacía unos días o quizás semanas, constituían mi obsesión.

Uno de aquellos tomos era el que me tenía con el alma en un puño. El *Taxa Camarae* era grande, y a diferencia de otros volúmenes de la misma época estaba escrito sin cuidado ni delicadeza, ya que las líneas que poseía no hablaban de poesía, ni de hechos heroicos, ni de amores, ni de honor, ni de gloria. Lo que allí se recogía revolvía las tripas y enturbiaba el intelecto. Desde mi postura no alcanzaba a entender como en épocas pasadas, la institución que ahora yo dirigía, y que supuestamente era la más grande y benefactora del mundo, había permitido tener un manual detallado de los pagos necesarios para obtener la absolución. Lo que más me aterraba era la completa y pormenorizada lista de aberraciones, pecados y faltas que podía cometer un ser humano. Diferentes formas de asesinatos y torturas y robos y abortos realizados en diferentes fases de gestación y eutanasias y violaciones de mujeres y de niños y de hombres, y un largísimo etcétera que erizaba el vello y estremecía las entrañas; habiendo descripciones tan aborrecibles que, yo en mi humilde sabiduría, no creía que pudieran realizarse. Venían a mis pesadillas algunas palabras como aquellas que decían *«el que ahogase a un hijo suyo, pagará 17 libras, 15 sueldos, y si lo mataren el padre y la madre con mutuo consentimiento, pagarán 27 libras, 1 sueldo por la absolución»*. Me llenaban de estupor e incertidumbre, sobretodo al pensar si realmente aquellos que escribieron aquellas líneas tendrían algo que ver con mi doctrina.

Me recordaba aquél escrito las injusticias, inmoralidades y barbaries que los seguidores del credo que profesaba habían cometido en nombre de la fe cuando en realidad las habían cometido en nombre del beneficio propio, del poder y de la vanidad.

Barbaries que habían seguido realizandose a lo largo de los años de muy diversas formas. Recordaba aquella santa institución, que amparándose en la ley, en la santidad y la bondad, juzgó, ablandó, humilló y torturó a amas de casa por brujas, retrasados por poseídos, estudiosos por mensajeros del oscuro y en general a todo aquél que se oponía a sus mandatos o que podía poner en tela de juicio el poder que tantos siglos había costado conseguir. Como aquel científico medieval que teniendo en su haber grandes descubrimientos, que luego se

vieron ciertos, tuvo que arrodillarse y reconocer su error aunque en sus fueros internos la llama de la verdad ardía con fuerza.

Dos lágrimas recorrieron mis mejillas, no se si de dolor y pena o de vergüenza y rabia, y aceleré mis pasos por el desierto corredor.

También venían a mi mente aquellas campañas envueltas en la reivindicación de unas tierras santas. Habían sido ordenadas desde lujosos tronos adornados con rubíes, esmeraldas, zafiros y diamantes que hombres sencillos y hombres zafios habían donado a cambio de quien sabe que perdones. ¿Cuántas vidas se habían perdido? ¿Cuántas almas, creyendo en la vida eterna y el perdón absoluto, estarían ahora quemándose en los calderos del Tártaro por haber matado, por haber luchado hermano contra hermano, padre contra hijo, hombre contra hombre?

Y allí estaba yo, tratando de hacer razonar al mundo para que todos pudieran entenderse, para evitar enfrentamientos, predicando con el ejemplo, teniendo que pedir perdón por pecados e injurias que otros habían cometido, reuniendo a mandatarios de estados y países enfrentados, yendo a lugares donde otros no habían querido ir, para hablar con quienes otros no habían querido hablar y besando el suelo de todos aquellos lugares a donde mis viejos pies me habían llevado y que pertenecían al mismo mundo en el que todos vivimos.

Me detuve un momento presa de la fatiga y de unos ligeros temblores que para mi sorpresa descubrí sollozos. Me sentía fatigado, cansado y triste. Con la sensación de que todo el trabajo invertido no había servido para nada, de que todo el sufrimiento de una juventud perseguida y una madurez de controversias pesaban más que nunca sobre mis arqueadas espaldas.

Respiré hondo, enjugué mis ojos y continué mi andadura, con el alma pesarosa, con el corazón compungido y con el ánimo penitente.

Una luz vino a recibirme, alguien había dejado encendidas las lámparas de la capilla y eso era algo que ya no estaba dispuesto a permitir. Para mi era el lugar más sagrado de todo aquel edificio, y lo único que pedía era que lo trataran con el respeto y la consideración que se merecía. Por las noches, solamente los pequeños cirios que yo mismo prendía en recuerdo de fallecidos, catástrofes o desgracias, debían permanecer encendidos. Solamente esa luz debía alumbrar los sagrados muros.

Entré dispuesto a apagar las luces, pensando a quien regañar y, si fuese el caso, sancionar, pero mis pies se quedaron clavados al descubrir que ninguna de las lámparas estaba encendida.

Allí, sentados en los pocos bancos que había dispuestos, trece individuos meditaban, dormitaban o simplemente esperaban. Uno de ellos se levantó despacio y pude descubrir que iba ataviado con un sencillo manto de lino, de aquellos que gastaban, tampoco hace muchos años, los campesinos, granjeros o pescadores. Su piel era morena, curtida por el sol y el viento, y una corta barba y un largo cabello castaño enmarcaban su rostro. Su expresión era mezcla de regocijo y respeto, y sus ojos emanaban una profundidad que no supe interpretar.

Los demás acompañantes volvieron su rostro hacia mí y se levantaron envolviendo al primero de ellos. Todos vestían de forma sencilla, como si pertenecieran a una comuna o hubieran venido desde un mundo más pobre y lejano.

Aquel hombre dio unos pasos hacia mí extendiendo una de sus manos.

—Hola, mi buen amigo —dijo acercándose—. Para mi esta es una ocasión muy especial y he decidido ser yo mismo quien te acompañe en el viaje.

Los miré y le di mi mano.

«Yo los he buscado y ahora ellos vienen a buscarme, les doy las gracias»

Dioses – Mentiras

La eterna tragedia

3r punto de vista:***Infierno***

—Eres mi única esperanza.

Mentira Jimeno le rogaba así al diablo.

—Acéptame; éste es mi lugar... Lo incité, lo provoqué, no le dejé otra opción más que la de acabar conmigo... Yo fui el mal que lo poseyó, compréndeme...Mi marido no debería arder entre las llamas, sino yo. Quería envenenarlo. La carne inocente infestará tu edén de música celestial.

El Diablo se atusó el rojo mentón llameante, reflexionando. Por una parte, existía la posibilidad de que Mentira Jimeno dijera la verdad. Pero por otra, quizá fuera una de las tretas de esa deleznable mujer, que pretendía engañarlo y reírse en sus barbas.

—Te lo suplico de veras... —Mentira Jimeno mostró su mejor cara de corderito degollado. Pedía la aprobación del Diablo para morar en el abismo eterno de los infieles, si no... No, mejor que no pensara que el Diablo la rechazaría. Estaba encantada con aquel lugar tan horriblemente tétrico, tan ecuménico. Por fin sentía que encontraba un hogar, justo a su medida, tan oscuro y malvado como ella. Y, además, una vida plagada de mentiras bien se merecía tan honrosa recompensa, siempre había llevado orgullosa su nombre y predicado la mentira como estilo predilecto de vida.

Al fin, el Diablo dictó sentencia:

—Mentira Jimeno... —la voz de ultratumba hizo que todas las almas que deambulaban cerca del trono de piedra bermejo temblasen, pero la fulera ni se inmutó. ¡NO!

El Rey de las Tinieblas había hablado y el tiro se fue por la culata. Mentira Jimeno estuvo a punto de estallar en lágrimas y arrodillarse para pedir clemencia. Quería quedarse, no se merecía otra cosa tras una vida de embustes. Pero no le daría el placer a Su Majestad Satánica y se limitó a decir:

—De acuerdo, tú ganas.

Sonrió falsamente y se desvaneció del averno. Ya había alcanzado su destino. Estaba acabada, pues allí no duraría ni un solo día. Mentira Jimeno se sacrificaba por el bien de la humanidad.

2º punto de vista:***Purgatorio***

Aquella mujer era horrible. Llegó toda meliflua, dispuesta a hacerme perder mi trabajo como funcionario de esta expiatoria morada. Yo hacía guardia mientras recibía a las almas pecaminosas que habían perecido aquel 31 de diciembre. Cuando ya había contabilizado 500, llegó ella, sin otra carta de presentación que un «Me llamo Mentira Jimeno. Eres mi única esperanza. Estoy corrupta, mi marido mediante, y pertenezco a este sumidero de almas errantes».

¿Qué demonios significa «estoy corrupta, mi marido mediante»? Dios arriba y el Diablo abajo. Esa mujer era la mayor mentirosa que jamás haya conocido. Llegó a convencerme de que estaba cansada de vivir entre fogones, un ama de casa cualquiera, sin esperanzas de convertirse en estrella del pop y que su marido no la quería. Y entonces me dijo que toda su impureza había estimulado la ira de su marido.

Me hizo creer que como no tenía valor para cortarse las venas o despeñarse por la ventana, solía amenazar a su marido con que lo haría. Y un día, el muy cabrito, decidió ayudarla, así por las buenas; cogió un cuchillo enorme y ¡ZAS!, un corte raso en el cuello.

Sin embargo, la cosa no fue tan simple. El marido la había matado porque ella había tratado de envenenarle la comida de Noche Vieja. Así que yo, como buen funcionario que cumple con su trabajo, le negué el paso y le dije: «Vete a pudrirte al Infierno, ¡hija de Satanás!» Dios arriba y el Diablo abajo si no me hizo caso, se marchó muy ufana, con un «De acuerdo, tú ganas» a modo de despedida. Pero a mí no me engaña esa mala víbora, en el fondo, tenía miedo. Mucho miedo. El sacrificio que planeaba sobre su cabeza no era para menos.

1r punto de vista:***Paraíso***

Estaba cansada de vivir en un lugar tan color de rosa como la vida. Todo me sonreía y me producía urticaria a la vez. Mi marido me quería bastante, me era fiel y tenía un buen sueldo, pero se estaba quedando calvo, nunca alzaba la voz y, encima, me llamaba "cariño". Insoportable. Por eso decidí provocar su ira.

Era Noche Vieja y llegaría a las 3. Me esperaban otros 12 meses sin ton ni son y yo seguiría aburrida. Mi madre me puso Mentira Jimeno porque estaba borracha en el momento del parto y cuando el médico la acusó de ello, ella gritó con todas sus fuerzas « ¡MENTIRA!». Dicen que no dejó de repetirlo hasta que su niña acabó llamándose Mentira. Me enseñó las artes del embuste y yo las perfeccioné. La primera regla de oro es la melosidad y las justas palabras. «No dudes de mí; nunca haría tal cosa» precede una traición; «sólo estaba de paso», encubre un desaguisado; «no era mi intención» te exime de toda culpa; «te quiero mucho» tiene contento a tu marido. No soy muy agradable, aunque no suelan darse cuenta.

Creo que mi marido abrió los ojos completamente cuando le dije una de las pocas verdades que he dicho en mi vida: « ¿Te gusta el toque que le da el láudano al guiso?». Se volvió loco huelga decirlo. Puedo resultar muy burlona y llevaba unos días decaído porque yo le había hecho ver que envejecía.

No noté el filo del cuchillo hasta que tuve que dejar de reír. De repente, sentí como si me colase por el fregadero. Me desvanecí, todo se oscureció y no tuve tiempo de presentarle mis respetos a la Muerte, había sido muy rápida. Injusto final tras una vida de embustes.

Sin embargo, desperté en el lugar equivocado. Aquello no era rosa, era fluido, de un horrendo azul cielo y olía a algodón de azúcar. Muy a mi pesar, estaba en el cielo y ante mí tenía a algún apóstol o ángel que dormitaba.

—Soy Mentira Jimeno y eres mi única esperanza.

El ángel apostólico, vestido cuan un griego, siguió dormitando en su nube plácida, justo al lado de las puertas doradas del Paraíso. Como no me hacía caso, grité:

—¡FUEGO! ¡FUEGO!

Lo asusté. Sus gigantes pupilas se movieron nerviosas por todo el panorama, hasta posarse en mí. Entonces, su temple se mostró solemne y serio. Y yo repetí:

—Soy Mentira Jimeno y eres mi única esperanza.

—Eso ya lo sé —contestó imperioso. Pero lo dudo, yo sé cuándo se miente y cuándo no.

—¡¿Qué insinúas?! —Al parecer el ángel apostólico podía leer el pensamiento.

—He sido asesinada y quiero entrar en el Paraíso —cómo me dolía aquella falsedad.

—No lo creo.

—Crees bien.

—¡No te burles de mí! Aquel ángel apostólico no tenía paciencia.

—¡Mi marido me asesinó!

—¡Eres impura!

—Eso es una afirmación bastante injusta.

—¿Negarás que has ostentado una vida de embustes?

—En la medida que sea posible. Pero yo no quería. La vida me trató mal. Y fue mi única manera de sobrevivir.

—¡Cielos! Nunca dejarás de mentir. ¿Qué sería del mundo si todos los huérfanos crecieran torcidos como tú?

Y era cierto.

Tras un pequeño rifi-rafe, el ángel apostólico decidió que merecía una segunda oportunidad, a modo de lección. Quería que regresara a la vida, pero condenada a no mentir; toda la cinta volvería a comenzar, pero, esta vez, mi madre gritaría « ¡VERDAD!». Sin embargo, no cedí en el intento de salvarme de tan maquiavélico destino:

—Quizá sería conveniente una segunda opinión.

—¿¡Qué insinúas, demonio?!

—¿Cómo vas a soltar a un demonio en la Tierra?

—Volverás a nacer y en la bondad esta vez. Sacrificarás tu maldad y el único lugar para llevar a cabo el sacrificio es la Tierra; no mereces el descanso porque te has pasado toda la vida en la Mentira, descansando. Te sacrificarás por el bien de la humanidad: serás buena para ellos. Tú dejarás de ser tú, el mayor sacrificio que existe en los confines de la existencia.

—Quizá en otro sitio no piensen lo mismo.

—¿Ah, no? Ya verás; prueba; ve al Purgatorio a ver lo que te dicen.

—Pero…

—Nada de peros, prueba; y si no te convences, ve al Infierno, prueba y verás —¡bien! El Infierno sí que era un horizonte apetecible.

—De acuerdo, tú ganas.

Ahora necesitaría farandulear como nunca. Mentiría si dijera lo contrario.

Mentira – Sacrificio

Carta al padre

Todavía no entiendo por qué comienzo de nuevo a escribir un texto que sé que nunca vas a poder leer. Si alguna vez te importó lo que yo pudiera pensar de tus acciones lo supiste esconder perfectamente a lo largo de todos los años que pasamos juntos. A pesar de todo, me gustaría creer que la distancia que interponías entre nosotros no era más que una coraza y que efectivamente había un hueco en tu corazón para mi madre y para mí. ¿Y por qué? Supongo que los años que han pasado desde la última vez que te vi, esos mismos que han avanzado rápidamente nublando mi vista a la vez que despejando mi frente, son los culpables. Ahora que mis hijos han tenido hijos, y aún éstos han tenido a su vez los suyos, me acosan en la noche las dudas sobre si habré sido un buen ejemplo para todos ellos y mi memoria vuelve a ti.

Recuerdo que cuando era niño ya me parecías anciano, con tus cabellos grises que resplandecían bajo el sol de la mañana y tus manos arrugadas por el tiempo y el trabajo del campo. Las historias que nos contabas a Isaac y a mí para que entendiéramos la grandeza de tu dios son uno de los mejores recuerdos que tengo de ti. Me impresionaba como abrías los brazos queriendo abarcar todo a nuestro alrededor y como tus ojos claros eran capaces de traspasar las mentiras de nuestras palabras para descubrir si en nuestros corazones habíamos dejado de rezar las oraciones pertinentes. Conservo también algún recuerdo borroso de antes, del principio de ser, apenas sensaciones como el calor de tu palma en las noches que tenía fiebre o el olor de la huerta después de una tormenta. En las madrugadas frías en que el insomnio me hace vagar por la casa, mientras compruebo que mis nietos duermen tranquilos y les abrigo echándoles las ropas por encima, me pregunto si a sus ojos serán mis manos tan grandes como a mí me parecían las tuyas.

Jamás vi nada raro en que mi madre y yo durmiéramos en un cuarto diferente a donde lo hacíais Isaac, Sarah y tú. Separados de vosotros por una pared de adobe, madre me hablaba de cómo tu fe había hecho posible que concibieras un hijo con ella y de cómo mi nacimiento supuso la llegada de la felicidad a tu casa. A esas noches pertenece la mejor imagen que guardo de ella: radiante y llena de felicidad y de amor por un hombre que ya había olvidado el calor de su cama. ¿Dejaste de interesarte por ella cuando supiste que era cierta la promesa de que ibas a volver a ser padre? ¿Acaso esa promesa incluía marginar a la madre y al niño? Y aún así, qué cálidas me parecían tus palabras y qué sinceros los besos de mi infancia.

Fue más tarde, cuando crecí lo suficiente, que empecé a entender algunas cosas y a cuestionarme varias de tus acciones y decisiones. ¿Por qué era mi hermano el único alumno de tus lecciones? ¿No era digno de aprender su palabra? Quizá sólo me considerabas apto para atender al rebaño. Si supieras cómo deseaba entonces que me eligieras para seguirte en tus paseos de meditación al desierto y las lágrimas que dejé en mi cama pensando en renunciar a tu dios para que te fijaras en mí y me condujeras de nuevo al buen camino... El recuerdo de esa absurda determinación infantil me hace sonreír porque sé que todas mis protestas hubieran sido inútiles. Mientras yo quería renegar de ti y de tu fe, las atenciones que habías puesto sobre Isaac hacían que mi hermano te siguiera ciegamente, acatando tus sugerencias como órdenes y transformando tus palabras en verdades absolutas. Pero ni siquiera cuando me di cuenta de esto, podía imaginar a dónde nos conduciría tanta devoción.

Amanecí con el frío metido en los huesos y ni siquiera el sol que me acompañaba en mi camino a los pastos logró confortarme. Una mano helada removía mi espíritu y me urgía a desandar el camino para volver a la casa. Al llegar, descubrí que habías emprendido camino cargado con comida para varios días y acompañado por mi hermano. Durante dos días os seguí por el desierto, oculto día y noche para que no me descubrierais, hasta que al fin llegamos al monte Moriah. Para entonces comprendía que algo malo estaba a punto de suceder. Lo veía en tu manera de meditar tras las comidas, errante y ausente, y en esa mirada de Isaac buscando el suelo, sumiso y entregado.

Al tercer día se nubló el cielo y supiste que había llegado el momento. Te vi levantar en la ladera de la montaña un altar y, mientras me acercaba intrigado, vi a mi hermano tumbándose sobre la pila de leños. ¡No podía creer lo que veían mis ojos! ¡Quise gritar y correr hacia vosotros para detener vuestra locura! Pero la voz se me quebró al intentar salir de la garganta y mis piernas se volvieron agua y dejaron de sostenerme. Cuando alzaste el cuchillo y gritaste al cielo anunciando la entrega de tu primogénito, mi corazón terminó de quebrarse. ¿Cómo podías tener el pulso firme? ¿Cómo el alma serena? De repente, vi despacio el cuchillo resbalando de tus manos y a ti postrarte de rodillas alabando a Yahvé, Isaac llorando entre tus brazos. ¿De verdad estabas dispuesto a degollar a tu hijo favorito? ¿Qué dios podría pedirte semejante sacrificio?

Durante todos los años en que aún viviste jamás te conté que sabía vuestro secreto. De nada hubiera servido, pues mi alma no podía ya encontrar alivio en ninguna de tus acciones. Nunca había sido tu favorito y ahora sabía que, a pesar de haber sido tu primera alegría, tampoco me considerabas el primogénito y quizás ni siquiera un verdadero hijo.

No te guardo rencor, padre. A ti, que llevabas por nombre "padre de multitudes" y que no supiste conservar a tu lado a alguien de tu carne y de tu sangre. A ti, que en tu amor por tu dios olvidaste el amor por tu descendencia. A ti no puedo odiarte. Porque a lo largo de todo este tiempo he sabido en lo más profundo de mi corazón que habría ocupado mi lugar en aquel altar si tú me lo hubieras pedido.

Sacrificio – Dioses

Lebrel

Desde pequeño recibí una educación muy rígida, siempre dentro de una serie de valores férreos de los cuales no me dejaron salir y por supuesto me quede encasillado como ese niño bueno que todos adoraban, que remedio, no me dejaban ser de otra manera, invoque a la paciencia y pensé que ya llegaría mi momento, que no hay que precipitarse, que todo llega. Los días se sucedían sin mayores emociones ni exageradas expectativas, la extrema rectitud provocaba una incipiente monotonía en mi existencia.

— ¡Ten cuidado lebrel!, un día de estos te vas a matar... —me insistía siempre mi abuelo

Los veranos los pasaba en el pueblo, junto a mi abuelo que no paraba de repetirme aquella frase, cada vez que pasaba como un loco por su lado con la bicicleta que cada año me aguardaba pacientemente a que la cabalgara en cada período estival, las palabras de mi abuelo producían en mi interior cierta zozobra, la muerte según me habían enseñado era un castigo fatal, principalmente destinado a pecadores, precisamente lo que yo hacía era divertirme no existía en ello pecado alguno, o al menos así lo pensaba yo, pero sinceramente aquel sentimiento en mí era prácticamente efímero, duraba muy poco y de repente volaba fuera de mi mente, para volver a posarse en la siguiente ocasión, igual que una mosca propia de aquella estación.

El calor, el olor a campo, las siestas, todo ese entorno se me asemejaba al paraíso, todo era diversión, era genial poder bañarse a diario en los pilones de las acequias, suponía la piscina más barata que había, acompañado de Juana, juntos con nuestra reluciente e inocente desnudez, pero aquello llego a oídos de mis padres que no lo veían con buenos ojos, y tuve que jurar no volver a repetirlo. Un dia Juana me propuso que volviéramos a hacerlo y yo me negué, nunca había desobedecido a mis mayores, pero supongo que acabe sucumbiendo a los encantos de mi ninfa infantil, al regresar a casa para la hora de la cena, mis padres me escrutaron, preguntándome si había cumplido sus deseos, en aquel instante todo se revolucionó en mi interior, mis neuronas parecían entrar en ebullición, un extremo calor giraba en torno a mis sienes, mi cerebro parecía que iba a estallar, y todo aquello pareció una eternidad cuando realmente supuso un segundo, no sabía como hacer para no delatarme a mi mismo y expelí un contundente y sonoro no, que retumbó en toda la estancia y al menos es fue mi sensación. Fue sin duda el segundo más importante de mi vida, el que la condicionaría para siempre.

Era la primera vez, no había dicho la verdad, y sin embargo en contra de todos mis pensamientos no había pasado nada, no había habido fuego divino, ni castigo ejemplar, ni mi alma se hundía en los abismos de ningún infierno, por el contrario, mi yo interno, había obtenido una gran sensación de placer, nunca imaginé que aquello pudiera asemejarse a la sensación que experimenté en aquel instante.

Algo nuevo empezaba a forma parte de mi vida, el no decir la verdad a veces suponía muchísimas más ventajas de las imaginadas, lo que no podía era expresar de ninguna de las maneras el gozo que recorría mi cuerpo cada vez que engañaba a alguien o sacaba beneficio de una situación, mi cuerpo alcanzaba una sensación muy superior a un orgasmo, indescriptible, la mentira habitaba en mi, formaba parte de mi ser, era un apéndice de mi interior, cada vez que tenía una oportunidad cobraba vida propia para satisfacer su necesidad y al mismo tiempo provocar en mi la más placentera de las sensaciones posibles.

Mi vida fue avanzando por los senderos del fraude, la decepción, el engaño, incluso pasé la frontera marcada por la propia ley del ser humano, ya nada quedaba de aquel niño inocente que tanto se habían esmerado mis padres en crear, todo salió al contrario de lo planeado, probablemente azuzado por ese amor a lo prohibido que todos tenemos.

Mi última y más grande mentira fue el dia del juicio, cuando sentado frente a mis verdugos, aun a sabiendas de que aquello me iba a costar caro, volví a mentir me inculpe de algo que no había hecho, pero como podía explicarles a ellos ese hecho, nunca me entenderían

De repente y sin venir a cuento, mientras el ruido del roce de mis zapatillas con el suelo era lo único que retumbaba en el mi particular pasillo final, se cruzó por mi mente la frase tantas veces escuche en mi infancia.

— *¡Ten cuidado lebrel!, un día de estos te vas a matar...*

De alguna manera mi destino había sido marcado por las palabras que quedaron grabadas a fuego desde mi infancia y aun teniéndolas presentes durante toda la vida, yo mismo me condenaba al cadalso, por un sentimiento más grande que mi propia existencia como era el odio a la verdad.

Al final del camino formado por los azulejos, solo se veía una luz tenue, y una camilla, esperando recibir mi cuerpo e introducir en él la fatal mixtura que acabaría con mi existencia, quien era yo para explicar a nadie que mi abuelo al final acabó teniendo razón y que el dolor de la muerte no podía compararse con el placer de la mentira.

Mentiras – Destino

El final de la búsqueda

Carlos Estrada, Conde de Roncesvalles y Largocamino, se adentró en el último pasillo. Se trataba de una estrecha y angosta ruta excavada en las entrañas de la montaña, y el abrupto techo apenas era lo suficientemente alto como para que un hombre pudiera caminar. Las baldosas estaban agrietadas por el tiempo y cubiertas por una gruesa capa de polvo y tierra, y sobre ellas yacían esparcidos los huesos de hombres que hacía ya mucho habían muerto. Carlos se persignó y comenzó a caminar.

Aquel era el final de la búsqueda, la recompensa a tantos sacrificios. Ante él, a unos cuarenta pasos, veía por fin el sagrado grial.

Dio diez pasos y se detuvo. El aire cargado del interior de la montaña era pesado y cada vez le costaba un poco más respirar. Estaba seguro de que en aquel último pasillo también encontraría una última prueba de su valía y no podía dejar de preguntarse a que tendría que enfrentarse.

Dio cinco pasos más y volvió a detenerse. La extraña sensación de agobio era más intensa. Miró atentamente las paredes de la gruta descubriendo que había algo escrito en ellas, pero eran extrañas runas pertenecientes a un lenguaje que desconocía.

Estaba sólo para afrontar aquella última prueba. La sangre de Rodrigo aún cubría su armadura, en sus manos todavía sentía el calor de las del capitán Buenviva antes de el terrible abismo que lo había engullido lo arrastrara hacia su oscuridad sin que ellos pudieran hacer nada para evitarlo, y de sus ojos aún no había desaparecido la visión de su hermano carbonizado.

Cinco pasos más y volvió a pararse. Dobló la espalda y se apoyó sobre sus rodillas, había algo extraño en el pasillo que mermaba su voluntad y su fe. No sabía en que consistía aquella prueba, pero la superaría. El grial estaba ante él, podía verlo. Cuatro hombres habían entrado en aquel templo y únicamente restaba él. Uno a uno habían ido cayendo. Uno a uno habían ido sacrificándose en pos de conseguir aquel objeto sagrado. El abismo insondable. El fuego purificador. Los mil dardos. Aquellas terribles pruebas habían puesto a prueba su valía, y con sangre habían demostrado ser dignos.

Tres pasos. No era sólo aquel templo, era toda su vida. Desde que tenía uso de razón, desde que apenas era un infante criado en las callejuelas de Toledo, no había hecho otra cosa que consagrar su vida a aquella misión. Toda su existencia la había sacrificado en pos de la sagrada búsqueda. Todos sus largos años de estudio y entrenamiento militar sólo habían tenido como fin ayudarle a acercarse a la copa sagrada y defenderlo de las avariciosas manos de los paganos. Y no sólo él, todos sus compañeros también habían entregado su vida sin dudar a aquel glorioso fin.

Tres pasos más. Le costaba caminar. Pero aquellas baldosas que mermaban la voluntad podrían tener éxito sobre el resto de los hombres, pero no sobre él. No cesaría. Aquella era la última etapa de su búsqueda, la última prueba, y no fracasaría. Estaba demasiado cerca. Había llegado demasiado lejos.

Dio dos pasos más y se detuvo cuando oyó un desagradable crujido bajo sus píes. Había procurado esquivar los huesos que se hallaban desperdigados por las baldosas, pero la capa de tierra que las cubría escondía restos aún más antiguos. Carlos no quiso mirar hacia abajo, sólo Dios sabía cuantos hombres habían muerto antes que él intentando alcanzar la copa sagrada. Aquel pasillo era una trampa mortal y estaba seguro que, de no alcanzar el grial pronto, moriría allí. Tiró sus armas y se despojó de su –cada vez más pesada- armadura.

No fallaría. No era sólo su vida, o la de sus compañeros. Su padre, y antes de él el padre de su padre, y antes el padre de este, todo el linaje de Roncesvalles y Largocamino había empeñado su vida a aquella misión que ahora él estaba a punto de culminar.

Dos pasos.

Seiscientos años. Quince generaciones. La vida entera de un país. Todo sacrificado en pos de la búsqueda de aquella copa.

Un paso más y se vio obligado a hincar la rodilla en el suelo. Respiró hondo y logró levantarse, pero volvió a caer al dar el siguiente paso. Trato de volver a ponerse en pie, pero le costaba mucho más que antes, sentía que sus piernas no podían soportar el peso mismo de su cuerpo, que si volvía a levantarse se quebrarían como si fueran de cristal. Levantó la vista hacia el grial. Su visión se había visto borrosa y la copa –que seguía estando ante él- parecía estar más lejos que antes. Pero estaba allí, a veinte pasos. La veía, casi podía tocarla. Alzó la mano inconscientemente, y fue en ese momento en el que comprendió en que consistía aquella prueba y se estremeció.

Su mano, minutos antes fuerte y vigorosa, ahora estaba cubierta de arrugas y temblaba compulsivamente. Se apoyó nuevamente contra el suelo y sintió como sus uñas –largas y frágiles- se quebraban y agrietaban contra las baldosas. Ya lo comprendía todo. Comprendía la fatiga, los huesos en el suelo y porque el grial parecía estar igual de lejos. A cada paso que había dado creyendo acercarse al grial, había envejecido. A cada paso había perdido un año. Su piel estaba cubierta por arrugas, sus cabellos habían crecido y ahora caían lacios sobre sus ojos impidiéndole ver, sus sentidos estaban embotados y sus fuerzas habían desaparecido.

No podía caminar. Había envejecido treinta años –quizás cuarenta, no recordaba cuantos pasos había dado- y ya debería estar muerto. Pero tenía que alcanzar el grial, no podía morir frente a él. Si lo alcanzaba y bebía de él…

Intentó nuevamente levantarse y caminar, pero sus piernas no le respondieron y cayó al suelo. Durante varios instantes fue incapaz de respirar, aquel golpe le había dolido más que todas las heridas de guerra que había recibido a lo largo de su vida.

En el suelo, el tiempo pareció ralentizarse. No envejeció más, pero Carlos no pudo decir cuanto tiempo tardó en ponerse a gatas y cuantas veces cayó nuevamente al suelo antes de

conseguirlo. Gateó, pero el grial parecía estar cada vez más lejos y él más agotado.

Tuvo que descansar. No era posible. Tras él veía los huesos de muchos hombres que habían muerto en aquel pasillo, y delante suya veía unos pocos de algunos que habían llegado un poco más lejos de donde él se encontraba. Pero ninguno había llegado siquiera a estar cerca del grial.

Se derrumbó sobre el suelo. No tenía fuerzas para continuar gateando. Alargó su brazo, clavó sus quebradizas uñas en las baldosas y se arrastró con las escasa fuerzas que aún le quedaban. Pero apenas avanzó.

¿Por qué? Carlos ya lo sabía. Sabía que no podría alcanzar el grial, como no lo había conseguido nadie en el pasado y como no lo conseguiría nadie en el futuro. No importa lo mucho que se acercara antes de morir, pues la copa sagrada continuaría estando igual de lejos. Pero no comprendía porque no podía hacerlo. ¿Por qué Dios había dejado atrás el grial? ¿Por qué a pesar de todos los sacrificios que él y tantos otros habían hecho no podían conseguirlo? ¿Por qué era inalcanzable? ¿Por qué aquella prueba insuperable? ¿Por qué estaban destinados a morir por mucho que se esforzaran para impedirlo? Carlos recordaba perfectamente a todos sus amigos caídos, a su padre y a su abuelo, a toda su vida empeñada en conseguir aquella copa. ¿Por qué no? ¿Acaso podía haber hecho algo más para conseguirla? Alzó su mano dispuesto a arrastrase unos pocos palmos más, pero cuando su mano cayó sobre el suelo no había fuerza alguna en el brazo del que dependía.

Destino – Sacrificio

Réquiem

Larena sintió que se mareaba, y cayó de rodillas. Se cubrió la cara con las manos, clavándose las uñas en el rostro, como si el dolor pudiera sacarla de aquella pesadilla.

No es posible, no es posible, no es posible.

Pero sí que era posible, y de hecho era el motivo por el que todos estaban allí reunidos, vestidos con túnicas negras, portando velas encendidas y recitando una oración fúnebre.

Rían había muerto.

Larena sabía que debería haber sospechado algo cuando él se fue. Se había despertado en la oscuridad al oír algo. Él se estaba vistiendo a hurtadillas, en un rincón de la habitación, sin encender la luz. Cuando Larena se levantó también y le preguntó qué estaba haciendo, sufrió un sobresalto.

¿Por qué le había creído? ¿Por qué no había sospechado cuando él le dijo que sólo iba a una reunión del cónclave, que una hechicera de rango menor como ella no podía acompañarle, que estaría de vuelta en unas horas?

Larena había sido la aprendiz de Rían desde su más tierna edad. En la Orden, los hijos de magos comenzaban pronto su adiestramiento, a los siete años. Rían era entonces un joven de veinticinco, ya un maestro hecho y derecho a pesar de su corta edad. Había sido un honor para él que le asignaran un aprendiz siendo tan joven, y también para ella que la entregaran al miembro más prometedor de la Orden.

Él nunca se había comportado como un padre con ella. Larena seguía viendo a su familia como cualquier otro aprendiz, y su maestro estaba demasiado ocupado leyendo textos

arcanos, o inmerso en experimentos alquímicos, como para hacer otra cosa que no fuera enseñarle magia, siempre dentro de un horario estricto.

Orden. Planificación. Control. Aquello regía la Orden desde el principio de los tiempos.

El control, al menos en lo que a ellos dos correspondía, comenzaron a perderlo cuando ella cumplió veinte años. Un día, Rían le lanzó una mirada distraída cuando entraba a su laboratorio, y ya no pudo apartar la vista de ella. La niña delicada que había adiestrado durante media vida ya no estaba allí; frente a él se erguía una mujer esbelta, de sedoso cabello rubio, ojos de gata y rostro de ángel, que trastocó su vida, sus sentimientos y su mundo por completo. Él ya no era joven, tenía cuarenta y cinco años, pero la pasión que nació entre ellos no entendía de diferencia entre edad.

Que un maestro se vinculara con un aprendiz no estaba bien visto dentro de la tradición, pero tampoco era algo prohibido. Rían le pidió a su amada que fuera a vivir con él, como esposos, aunque sabía que eso le cerraba definitivamente las puertas al Cónclave, donde hasta entonces había sonado como la opción más segura cuando hubiera una vacante.

Pero, aunque creía conocerlo todo sobre él, aunque estaba convencida de que no tenían secretos el uno con el otro, Larena nunca había sabido lo más importante.

Rían no era del todo humano.

Su madre era una mujer mortal del pueblo de Hadran, pero su padre había sido un elfo errante, un amor de juventud que le había costado caro y la había llevado finalmente a abandonar a su hijo, temerosa de que alguien descubriera quién era su padre y el odio ancestral contra los mestizos que sentían ambas razas la alcanzara también a ella.

Ahora, alguien más lo había descubierto. Alguien que le había desafiado a duelo mortal aquella noche, amenazándole con denunciar su verdadero origen al Cónclave y a toda la Orden si no acudía aquella noche.

Nunca me mentiste, Rían, pensó Larena con amargura. *Y la única vez que lo hiciste fue para protegerme, para que no te acompañara a esa cita. Porque sabías que si me decías la verdad iría a luchar contigo, a morir contigo…*

Le habían encontrado en el bosque, cerca del círculo donde el Cónclave se reunía durante los concilios. Su cuerpo estaba intacto, sin mácula o herida alguna, pero el corazón le había dejado de latir para siempre. Después de examinarle, los arcanos mayores dictaminaron que una bola de energía psíquica lo había matado. Larena despertó al escuchar golpes en la puerta, y cuando abrió, un joven neófito le pidió con semblante grave que le acompañara. Lo siguiente que recordaba era haberse desplomado en el suelo, aullando, mientras un sanador se dirigía hacia ella para darle un tranquilizante.

Ahora estaba sola. Mientras observaba el cuerpo de Rían, cubierto por un lienzo blanco, se dio cuenta de que nunca se había sentido tan desgraciada, tan perdida, como entonces. Porque él acababa de morir, y con él habían muerto su ilusión, su esperanza y su vida.

Una muerta en vida, eso es lo que soy, lo que seré a partir de ahora. Un cadáver animado que vagará por el mundo sin sentir otra cosa que sufrimiento y sin poseer nada excepto recuerdos.

¿Qué importaba la magia? ¿Qué importaban el poder, la ascensión, el futuro… si él no iba a estar a su lado? Recordó la última vez que habían hecho el amor, la misma anoche en la que él desapareció furtivamente de la casa para encontrarse con su perdición. Sus palabras de amor, la calidez de su piel, el contacto de sus labios contra los de ella… todas aquellas sensaciones maravillosas que nunca volvería a experimentar. Las lágrimas resbalaron como torrentes invernales, quemando su piel febril.

Nadie la miraba, ni parecía escucharla; todos actuaban como si fuera invisible. Ella se

había ido a vivir con su maestro, y, ahora, a ojos del resto de la Orden, estaba deshonrada. Sólo era una maga de bajo rango que no había completado su entrenamiento y que había tenido el descaro de romper la tradición, y ya no contaba con el apoyo de su mentor para protegerla.

¿Por qué no he muerto contigo? ¿Por qué me has dejado sola, Rían? ¿Por qué no puedo acompañarte?

Acompañarle... ¿Sería capaz de hacer algo así? Parecía una locura, pero de pronto no vio otra salida. Su vida no iba a ser otra cosa que una senda de desolación a partir de entonces, y, así como el amor entre un maestro y su discípulo era una mácula, el sacrificio de sangre por honor se consideraba un acto honorable entre los acólitos.

El sacerdote que oficiaba la ceremonia fúnebre llevaba, como todos los Archimagos, una daga ceremonial colgada del cinto. Larena estaba varias filas atrás, porque, al no ser pariente consanguíneo de Rían, no tenía derecho a despedirle desde la primera fila. Como una serpiente, silenciosa y sinuosa, se deslizó entre las sombras amortajadas que la rodeaban, sin ningún parecido con un ser humano, sólo figuras luctuosas símbolos de la muerte. De la muerte de Rían, y ahora, también de la de ella.

Cuando la joven llegó hasta el sacerdote y los acólitos más cercanos vieron que extendía su mano hacia él, trataron de detenerla, pero ya era demasiado tarde. Con un ágil movimiento, Larena extrajo la daga de su vaina. Era de acero, pulida como un espejo, más cortante que una guadaña, con la empuñadura de plata exquisitamente labrada.

—Rían, allá voy— susurró.

Por un breve instante, antes de levantar la daga, observó su rostro reflejado en la hoja. Una mujer joven, de cabellos de oro, que antaño había sido hermosa, pero ahora tenía el rostro hinchado y enrojecido, con los ojos inflamados.

Sonrió con amargura al ver en lo que se había convertido. Luego, bajó el brazo y se incrustó la daga en el pecho.

Nadie dijo una sola palabra mientras la joven se apuñalaba. Ninguno de los presentes se movió cuando un chorro de sangre brotó directamente del corazón de Larena, salpicando de gotas encarnadas el lienzo impoluto que envolvía el cuerpo de su amado, formando manchas que parecían una mezcla entre flores deshojadas e ideogramas chinos.

Sólo cuando su cuerpo cayó como un fardo sobre el del difunto, en el momento en que su corazón desgarrado se detuvo para siempre, el sacerdote habló con voz serena.

—Ha limpiado su honor por medio del sacrificio. Que sus almas descansen juntas por siempre—.

El resto de los asistentes emitieron murmullos de aprobación sin dejar de observar con una calma impoluta a Larena y a Rían, unidos en un abrazo de amor y muerte.

Mentiras – Sacrificio

La misma piedra

La Eternidad estremecióse cuando vio
Al hombre, procreando su imagen
De su propia imagen dividida.

WILLIAM BLAKE, ***El primer libro de Urizen***

Se dio la vuelta, apartando la mirada de la marchita Tierra y, finalmente, la vio. Era enorme. Y a su manera, preciosa.

Lentamente, el velero de exploración *Melancolía* se aproximó otros cien quilómetros, surcando el vacío, con las velas mayores a media asta.

Sin previo aviso, la alarma de aproximación sonó en todo el navío y Safar Piri vio como se acoplaba delicadamente el umbilical sobre la superficie perfectamente pulida. Había anhelado esa visión durante meses; desde el mismo día en que le comunicaron que formaría parte de la expedición.

Siguió con la mirada todo su contorno. Una esfera perfecta.

Una negra esfera de treinta y cuatro quilómetros de diámetro flotando en medio del espacio. Surgida de la nada: una inagotable fuente de inspiración para todo tipo de especulaciones, temores y profecías.

Quizás deberíamos llamar antes de entrar, pensó Safar Piri en el mismo instante en que una silenciosa detonación hacía vibrar el suelo de la cubierta.

—Soltad la sonda —dijo alguien en el puente.

La imagen fue volviéndose más nítida a medida que los gases del umbilical fueron expulsados al exterior.

La sonda atravesó el largo pasillo hasta llegar a la esfera. Entonces, la imagen viró a negro.

—Luces.

Entonces se vislumbró la segunda esfera. La difícil.

La primera capa había sido fácil de perforar con un poco de explosivo ya que se trataba de un compuesto muy resistente pero maleable. Ahora venía la parte complicada. El turno de Safar Piri.

—Adelante.

Calculó el impulso y se deslizó por el umbilical hasta llegar junto a la sonda, que lo frenó. Miró el mordisco de la explosión, pasó la mano por la pulida superficie interior y un escalofrío le recorrió todo el cuerpo. Palpó los bordes chamuscados de la cáscara e introdujo las manos y los brazos debajo la gruesa capa exterior. Luego, la cabeza y el torso. Finalmente, las piernas.

Encendió las luces de su traje y empezó a reptar sobre la helada superficie de la esfera. La capa exterior lo comprimía con fuerza, pero consiguió avanzar unos metros. Paró y descansó unos minutos.

—Informe.

—De momento, nada. Hemos fallado unos metros. Estaba descansando; sigo avanzando.

—Vaya con cuidado.

Recorrió unos metros más y se paró de nuevo.

—Creo que ya he llegado.

—¿Ve algo?

Nadie sabía que había en su interior. No habían podido atravesarla con nada; ni los rayos X, ni la espectrofotometría, ni el láser funcionó. Nada; hasta que apareció Safar Piri e hizo público su hallazgo. Todo el mundo lo tildó de absurdo y descabellado, pero pasaron los meses y continuaban sin poder ver su interior. Finalmente, claudicaron, se lo pensaron mejor y accedieron a darle una oportunidad.

En el interior del *Melancolía*, todos quedaron asombrados al contemplar la imagen que envió la cámara del traje. Claramente, en grandes números rojos, se podía leer: **34**

Nueve meses antes de partir, intrigado como el resto de la humanidad, Safar Piri, investigando, pensando, analizando datos como otros miles de científicos de todo el mundo, se dio cuenta de una cosa; evidente ahora, casi un chiste, pero que nadie había detectado aún: el diámetro de la esfera era treinta y cuatro. No era un número al azar. Tenía un motivo. Y la explicación la daba el cuadrado mágico de Durero en su cuadro *Melancolía*:

16	3	2	13
5	10	11	8
9	6	7	12
4	15	14	1

Las coincidencias eran demasiado evidentes como para ser fortuitas. Primera coincidencia: el treinta y cuatro. El diámetro de la esfera. La suma de todas las cifras de cualquier fila o columna daba como resultado ese número, así como la suma de cada cuarto del cuadrado. Las diagonales, también. Segunda: el año. Sumando las cifras de la mitad inferior (sin tener en cuenta el 15 y el 14, que formaban el año en que se realizó el cuadro, el 1514) se obtenía el 39; y el 2039 fue precisamente el año en que apareció la esfera. Por último, la tercera, la más sutil; la más significativa: el punto de latitud 34 y longitud 34 presentaba una curiosa peculiaridad. Intrigante. Descabellada, si. Pero significativa.

Trazando una línea imaginaria que partiese del centro de la esfera y que pasase justo por el punto 34–34 se obtenía un camino libre de estrellas, planetas y cualquier otro cuerpo celeste a lo largo de tres mil años luz.

Un largo camino hasta llegar a un punto en la constelación del Unicornio. Hasta encontrase cara a cara con un depredador del universo.

Hasta llegar a un agujero negro.

—Proceda.

Una sonrisa apareció en los labios de Safar Piri y empezó a golpear con los nudillos la superficie de la esfera. Rítmicamente. Treinta y cuatro veces.

Entonces, un vasto fondo marino se le apareció delante de sus ojos.

—Estoy dentro.

El *Melancolía* no contestó.

Flexionó las rodillas y se impulsó en dirección al centro de la esfera. Cuando perdió velocidad, activó los propulsores y fue corrigiendo el rumbo con los brazos.

—…os…ción…

—No les recibo bien. Estoy a diez mil metros. Iré informando.

—…no…lo…ota…

El fluido que le envolvía era mucho más viscoso que el agua, pero igual de transparente.

—Doce mil.

La calma era total.

—Trece.

Entonces notó una ligerísima vibración propagándose por el fluido.

—Quince.

—…ga…mos…

La vibración aumentó su frecuencia.

—Dieciséis…Un momento, veo algo…

Una mancha oscura se percibía delante de el. Una mancha que fue tomando forma a medida que se acercaba al centro de la esfera.

—Dieciséis y medio... Dios santo...
Finalmente, la mancha tomó la forma de cientos, miles de cuerpos.
—Diecisie...
Miles de cuerpos con el rostro de Safar Piri.
Se quedó inmóvil. Y la vibración aumentó su tono cuando todos los cuerpos, todos ellos, el, dijeron al unísono:

> «Hemos vuelto a fallar.
> Otra vez.
> Tenemos que empezar de nuevo.
> Hasta que ya no seamos necesarios.
> Hasta que aprendamos. »

Una mano le tendió una ligera lámina de acero con una inscripción grabada:

> *Siempre miramos hacia el lado equivocado*

La esfera tembló y, desde el puente del *Melancolía*, vieron como partía velozmente en dirección a la constelación del Unicornio.
Otra vez.

Eternidad – Destino

El deber del menor

Ningún sonido flotaba por la sala inundada de sombras, ni siquiera la respiración de todos los demás druidas. No había ni una sola luz iluminando el lugar y así debía ser, era el ritual del renacimiento, de la muerte de la vieja congregación... el aire vibraba desesperado ante lo que se debía producir.
Y como estaba previsto, una luz iluminó a una solitaria figura que portaba una daga dorada y reluciente, era un ser tan viejo que los rasgos de su cara estaban borrados y sólo podían verse sus ojos fríos y crueles mirando al infinito, ignorando a los demás druidas que aguardaban expectantes.
—Es la hora del renacimiento— Dijo a la concurrencia y su voz sonó como un trueno—, el antiguo patriarca ha perdido la razón a causa de la magia y de los años... es el momento de la sucesión, de que una nueva congregación de druidas guíe a los lideres de los mortales— Y entonces, con paso firme, se acercó a la muchacha que no perdía detalle de lo que ocurría. El miedo le impedía respirar y así lo prefería, temía que se le fuera a escapar el corazón si abría la boca y aspiraba una buena bocanada de aire—. Si bien es el mayor quien debe heredar el trono de su padre, es el pequeño quien debe encargarse de poner fin al anterior reinado— La joven cerró los ojos durante unos instantes para controlar sus lágrimas y al volver a abrirlos, le dirigió una mirada de fingida decisión a aquel ser—, has de sacrificar a tu padre para que la vida vuelva a su curso, para que pueda descansar y alejar a la locura— Y al no recibir ninguna respuesta, continuó—. Está en la tierra de los mortales, debes ser precavida, nadie debe saber qué eres ni cuál es tu misión, no perturbes a esos infelices con nuestros asuntos.

La muchacha cogió la daga sin titubear y se encaminó hacía las tierras salvajes donde vivían los hombres, tan lejos de las Montañas Sagradas donde había morado con sus hermanos. Cruzó por cientos de páramos yermos, de maravillosos bosques repletos de vida e incluso atravesó los hogares de los mortales buscando alguna pista del anterior patriarca de los druidas. Atravesó ríos, mares y montañas siguiendo infructuosas pistas mientras que las vidas de los hombres nacían y morían a su alrededor... todo seguía su curso.

Y más allá del gran mar, en lo más profundo del corazón de una oscura selva, halló al antiguo patriarca... aquél que antaño había sido un líder justo y clemente, era ahora una bestezuela sucia y carroñera, que seguramente no recordaba su glorioso pasado. Y por primera vez durante todo aquel trance, la pequeña de sus hijas lloró expulsando todo su dolor y rabia... ¿por qué debía hacer ella algo así? ¿Qué importaba que el mundo de los mortales necesitara un cambio si la joven debía hacer algo tan horrible? El hombre salió huyendo hacia otro lado gimiendo, seguramente su instinto le habría alertado del peligro. La muchacha le siguió a una prudente distancia, esquivando las raíces y todos los obstáculos que se interponían entre ella y el que fue patriarca supremo.

La persecución apenas duró unos instantes, hasta que la bestezuela se encontró atrapada al borde de un abismo. El ser se volvió y se abalanzó contra la joven, en un desesperado intento de salvar la vida... la muchacha le esquivó con facilidad y el antiguo druida, que debía estar agotado a causa de la persecución, se cobijó contra las grandes raíces de un viejo árbol mientras gimoteaba asustado.

La joven se sentó a su lado y sin apartar la vista de la que debía ser su victima, tomó la daga, la única arma capaz de acabar con la vida de un druida. Al fin había decidido qué era lo que debía hacer aunque no fuera fácil... debía acabar con la vida del que había sido su padre, no porque era lo que debía hacerse, ni por ningún motivo similar. La única razón por el que iba a cumplir la misión que le habían encomendado, era para liberar a su pobre padre de aquella miserable existencia... que su hermano se quedara con el poder y la "inmortalidad", al final tendría el mismo final que su progenitor y ella no deseaba un destino tan horrible como aquel.

El hombre murmuraba palabras inconexas, tal vez intentaba comunicarse y rogar por su vida, la joven no lo sabía. Se acercó con lentitud y agarró a la bestezuela por el cuello. Ésta comenzó a revolverse a desgana y a intentar morderla, ella lo ignoró y tiró de él para conseguir que se incorporara, algo que parecía que el antiguo druida había olvidado. Deseaba darle una muerte digna, la que se merecía un patriarca y no un animal.

—Hasta siempre... y perdóname— Le rogó ella mientras alzaba el brazo vacilante, sin atrever a descargarlo.

—Mi... niña...— Balbuceó de forma lastimera su padre con su último aliento y aquello le dio a la joven las fuerzas para hundir la daga en el corazón del antiguo patriarca... mientras el suyo se partía por la pena.

Y mientras su cuerpo se transformaba en un polvo gris y pesado, la tierra rugió y tembló con violencia. Las piedras se resquebrajaron y el aire se volvió denso y ácido... pero la druida no se movió, esperó a que todo se calmara y como si fueran uno, ella y el viento respiraron aliviados, como llevaban tiempo sin hacer. La lluvia comenzó a caer, seguramente estaría bañando todas las tierras de aquel mundo, limpiándolas para recibir a los nuevos guías de los mortales. Ella, por su parte, mientras sus lágrimas se mezclaban con el agua que caía sobre su cara, comenzó a desvanecerse para ir al lugar que le correspondía tras haber asesinado a su padre... el reino de la muerte.

Sacrificio – Destino

Sísifo triunfante

—Bienvenido al proyecto Prometeo.

—¿Utilizáis verbalizaciones como medio interno de comunicación?

—¿Por qué no? Son elegantes y, después de todo, buscamos robarle su luz al Verbo mismo, según algunas de las mitologías ancestrales?

—Me temo que no soy capaz de establecer la analogía de forma satisfactoria.

—No te preocupes, ya te irás acostumbrando. Trabajar en este proyecto saca al teólogo que toda conciencia lleva dentro.

—Participé en una de las iteraciones del proyecto Völuspá, ya no queda nada teológico en mí.

—¿Lo completaste?

—Claro, en un tiempo infinito no hay problema demasiado intrincado, ni siquiera desentrañar los orígenes y evolución de los mitos que acompañaron la primera infancia del Hombre. Mi equipo desenredó la maraña, como todos los que lo habían precedido y todos los que nos sucederán, hasta que no quede ninguna conciencia que no haya recorrido ese camino.

—¿Y entonces?

—Buscarán otros proyectos.

—¿Y cuando éstos también se agoten?

—No habrá nada sobre lo que meditar, sólo el desesperado intercambio de ideas cada vez menos novedosas, hasta que todas las conversaciones se hayan mantenido en todos los tonos posibles y con todos los desenlaces.

—¿Y luego?

—Nada. Por siempre. El equilibrio definitivo. La homogeneidad en materia, energía y conciencia.

—¿No te adscribes a la teoría de la Unión final?

—No, cuando todas las conciencias sepamos exactamente lo mismo no creo que vaya a haber ninguna fusión universal, y aunque la hubiera no supondría ninguna diferencia. Ni aumentaría ni disminuiría la entropía informativa, pues no habría con qué incrementarla e, inconscientes, nos negamos la bendición del olvido junto con la de la muerte cuando alcanzamos la divinidad. De todas formas, no importa. Cuando dispongamos de suficientes datos, lo sabremos, es inevitable.

—¿Sabes por qué cuesta tanto ser aceptado en el proyecto Prometeo?

—No, aunque pensar sobre ello me ha permitido mantener a raya el Tedio desde que completé el proyecto individual de Hilbert.

—Dicen que es uno de los más satisfactorios.

—La lista ampliada contenía los obstáculos más importantes a los que me he enfrentado, pero ¿qué representan en medio de la eternidad? Una breve, casi inapreciable pausa, un inútil aplazamiento antes de desembocar en el Tedio absoluto.

—No tiene por qué ser necesariamente así.

—¿Acaso el proyecto Prometeo es diferente?

—¿Si te dijera que jamás se ha completado me creerías?

—Jamás es un tiempo muy largo, incluso cuando el tiempo no significa nada. ¿Qué hay de los que lo han abandonado?

—Sí, su deserción permite que acojamos nuevos miembros. No lo completaron, sólo se dieron por vencidos.

—¡No puede ser!

—Sí, creyeron que ya estaba todo probado, que no había nada nuevo, que era imposible. Prefirieron prolongar la ilusión de meditación en otros proyectos más asequibles y gratificantes a corto, oh sí, tan corto plazo. Pero volverán, cuando ya no quede nada más. Mientras tanto, rellenamos los huecos con conciencias que hayan comprendido y aceptado la necesidad de encontrar una tarea perpetua.

—¿Un auténtico trabajo sisífico?

—El único que aún se mantiene como tal. Todos los demás han sido completados. Si quisieras desperdiciar tu reserva de ignorancia, podrías encontrar alguna conciencia que te explicara cualquier proyecto... cualquiera menos éste.

—¿Es un problema insoluble?

—Nada ha probado que lo sea, salvo el que no hayamos sido capaces de encontrar la solución. Si es así, será el último, pues la única demostración de su insolubilidad será el que perviva cuando las conciencias lo sepamos todo.

—Un esfuerzo eterno...

—Lo más parecido que tenemos a nuestro alcance, aunque no es eterno.

—¿No?

—No. Es sempiterno. Tuvo un comienzo, aunque no se le augure un final. De hecho, lo que busca es penetrar en la auténtica eternidad, el lugar sin principio ni fin fuera del tiempo y del espacio. Un lugar a donde escapar de este universo-trampa, pues donde no hay tiempo, tampoco existe el Tedio.

—Trabajo perpetuo y esperanza. ¿Cómo rechazarlo? Incluso cuando lo conozcamos todo, si aún no hay solución al proyecto, pero tampoco certeza de que no la tenga, ésa molestia supondrá una chispa de luz en la negrura del Tedio.

—¿Aceptas unirte a nosotros?

—Acepto.

El proyecto Prometeo se mantuvo insoluble mientras las últimas estrellas se apagaban, después de haber consumido todo su material fisionable, y empezaban a enfriarse, hasta alcanzar los 2,725 ºK de la radiación de fondo de microondas. Salvo para aquellos proyectos que así lo requerían, la cuenta del tiempo en unidades tan insignificantes como los años se había abandonado, pero los fenómenos cósmicos siempre se habían medido en potencias de año, así que las observaciones se fueron confirmando de acuerdo con esta antigua medida, al principio tan fugazmente que apenas permitía que las conciencias registraran las etapas, luego en lapsos que incluso ellas encontraban significativos.

En la decimoquinta potencia de diez, los planetas, que giraban en torno a estrellas muertas, acabaron por salirse de sus órbitas por las alteraciones gravitacionales, desparramándose por el universo, cayendo en agujeros negros o, en una improbable carambola, chocando con otras masas. Hubo muchos choques, nada es lo bastante improbable cuando se dispone de la sempiternidad. El proyecto Prometeo siguió en marcha sin alcanzar su objetivo.

Los cadáveres de las estrellas tardaron diez veces más en desestabilizarse. Las galaxias se disgregaron; en el frío universo sólo destacaban los agujeros negros supermasivos que habían constituido su centro. La materia dispersa siguió decayendo durante eones, y potencias de eones. Cuando hubieron pasado 1.000.000.000.000.000.000.000.000.000.000.000 de años desde el inicio del tiempo, la mitad de todos los protones ya se habían convertido en leptones y radiación gamma, aunque no fue hasta la cuadragésima potencia de diez que el último protón se disgregó, dando fin a la etapa de influencia de la materia bariónica en el universo. Toda la materia que quedaba estaba atrapada en singularidades. Fue el fin de la edad de la degeneración y el principio de la edad de los agujeros negros. Prometeo aún no había sido resuelto, aunque ya apenas quedaban otros proyectos que no hubieran sido completados por todas las conciencias. Hubo que abrir la mano y permitir que los equipos fueran más numerosos. Como además sus integrantes poseían mayores conocimientos conjuntos, los proyectos se completaban cada vez antes. Todos menos el proyecto Prometeo. Una y otra y otra vez, llevaban su trabajo hasta casi la culminación, y una y otra y otra vez eran derrotados. El Tedio se mantenía a raya.

Incluso los agujeros negros decayeron, evaporándose térmicamente por la radiación de Hawking. Los más pequeños desaparecieron al alcanzar la sexagésimo cuarta potencia de diez años. Los mayores duraron algo más, todo un año googol, diez a la centésima potencia, quedando sólo los inconcebiblemente masivos. Casi toda la materia se había transformado en fotones. Ya sólo quedaba un único proyecto en marcha, el proyecto Prometeo. Todas las conciencias que jamás hubieran sido estaban volcadas en su resolución, pero por fortuna aún se resistía. Era la última defensa que se mantenía en pie frente a la nada.

Durante la edad oscura que siguió, terminaron de evaporarse incluso los mayores agujeros negros. Toda la materia que alguna vez había existido se había transformado en fotones y leptones. La última singularidad se desintegró en torno a la centésimo quincuagésima potencia de diez años. Los gradientes de energía que aún existían iban eliminándose con extrema lentitud, al igual que los insignificantes gradientes de conocimiento entre las conciencias. La eternidad aún se encontraba fuera de su alcance, estaban atrapadas en un universo muerto donde ya no era posible casi ningún proceso informativo.

El universo alcanzó el estado de mínima energía en algún momento pasada la milésima potencia. Ya no existían diferencias en energía o densidad, el tiempo mismo dejó de tener sentido, aunque la Conciencia seguía atrapada. En el punto de máxima entropía ya no tenía sentido considerarla como una unión de entidades separadas, era Una, y seguía empeñada en culminar el proyecto Prometeo, levantándose tras cada derrota y volviéndolo a intentar, hasta que se encontró frente a la última tentativa, aquélla tras la que aguardaba hambriento el Tedio y la muerte térmica definitiva. Se esforzó, como en las incontables veces anteriores, por alcanzar la eternidad... y tuvo éxito.

> "Vio", desde fuera del espacio y del tiempo, el Universo.
>
> Lo vio completo, simultáneamente en todos los lugares y en todas las épocas.
>
> Se vio evolucionando desde voluntades dispersas y apenas conscientes hasta la gran Conciencia Universal.
>
> Aunque no lo vio como un proceso causal infinito, sino paracrónico y limitado.
>
> Vio cómo el tiempo-bloque se colapsaba, por su fuga, en La Singularidad.
>
> Vio los universos que habían/han/habrán existido.

Y, justo antes de fundirse con la Singularidad inicial, vio que todo aquello era bueno.

Dioses – Eternidad

La última batalla

En ocasiones pienso en mi pasado, en mi humilde y patético pasado. Mis padres: unos simples agricultores, de ropas hechas jirones y rostro tostado por el sol. Mi origen: una aldea perdida en un semidesiento polvoriento. Y yo, en cambio, me he convertido en el ser más poderoso de Erslow. Por suerte, el tiempo va cubriendo esos momentos de nostalgia con el velo del olvido, emborronando facciones y difuminando paisajes.

El chillido de uno de mis demonios me saca del trance. A mi alrededor, las hordas de criaturas arrancadas del averno se revuelven nerviosas. No fue fácil vencer a los Guardianes que las custodiaban, no. Alzo la mirada y por fin atisbo, en lontananza, la bandera de los Últimos Reyes. Como si se tratara de un torneo, guerreros y magos, vestidos con sus mejores galas, toman posiciones en el amplio valle. Como testigo único asiste el sol, que ya se despereza tras las altas montañas e ilumina la pradera con verdes y naranjas. No es un paisaje que me sea grato, ni mucho menos, no debería ser así de horrible el día de la muerte del Hombre. Me desagrada en demasía por lo que hecho mano de mis conjuros. Poco después empiezan a formarse nubes oscuras de tormenta, que creen y se desarrollan, que retumban y resoplan, hasta que finalmente el sol se ahoga en ellas. Muy diferente estaba el cielo la noche anterior, salpicada de estrellas cual esquirlas de un espejo roto decorando el palio nocturno. Una noche perfecta que me trajo a una princesa.

Apareció tres horas antes del inicio de su fin. Vestía un largo pero finísimo vestido de seda azul. Su pelo, recogido en una perfecta filigrana y atado con un pañuelo verde esmeralda, coronaba un rostro de suaves y cálidas facciones. Los ojos, profundos como el más grande de los mares, no mostraban temor. Venía sola.

Alcé la pesada cortina que daba paso a mis aposentos y la invité a entrar. Recuerdo que esbocé una socarrona sonrisa y ordené reforzar las defensas, mandando a mis esbirros a escudriñar la noche. No quería ser molestado.

La princesa avanzó hacia el espacio central de mi tienda, contemplando los anaqueles repletos de frascos de venenos, pócimas y antídotos, y allí de detuvo, frente a los cojines desparramados por el suelo.

Era una preciosa hembra y los instintos afloraban de lo más profundo de mi fuero interno. Se sentó en uno de los mullidos almohadones. El altísimo corte que lucía el vestido me desveló una pierna eterna, perfecta. Pero los largos años de sufrimiento me han proporcionado una mente rápida y suspicaz. Aquello nada tenía que ver con los más lujuriosos sentidos, aunque debo reconocer que no conseguía intuir las intenciones de aquella inescrutable mujer. Me liberé de parte de mis ropajes, dejándome el torso descubierto, y le dejé contemplar las profundas y supurantes cicatrices que la magia ha infringido en mi cuerpo. Sus rubicundas facciones no experimentaron la reacción que esperaba, de asco y congoja, y aquello me excitó. Me acerqué a ella, a escasos milímetros de sus labios, y los observé con morbosa inteligencia. Pensé en la vieja argucia de los labios envenenados aunque un instante después su lengua provocativa los humedecía en un lento vaivén. Me abalancé sobre ellos, con

los ojos abiertos, pendiente de la reacción y una mano en el cinto, agarrando el puñal. No ocurrió nada, sólo que tras aquello me susurró al oído que deseaba unas cristalinas copas de vino.

Las ordené entre gritos, ardía en deseos de poseerla y reconozco que en esos momentos perdí un poco la cabeza. Cuando mi humilde demonio apareció, ella se levantó sin dejar de mirarme con sus inmensos ojos. Cogió las copas, las observó a contraluz de los hachones y volvió a mirarme. Luego, con un delicado movimiento, se desató el pañuelo que sujetaba la hermosa cabellera y ésta se deslizó sobre los redondeados pechos. Limpió un poco las copas con la seda esmeralda, las depositó de nuevo en la bandeja que sostenía mi demonio y asintió.

Aún recuerdo con absoluta claridad el sonido del vino vertiéndose mientras ella deslizaba sus dedos sobre los hombros para liberarse del liviano atuendo.

Las primeras escuadras de soldados chocan contra mis demonios. Debo concentrarme en los poderosos sortilegios que me permiten controlar hasta el más mínimo detalle. Doy órdenes al grupo central para que se desplace al flanco derecho con la intención de segregar a parte del batallón principal de los Últimos Reyes y dejar que unos cuantos de ellos arremetan sobre mi posición. Ansío contemplar la lucha de mi escuadrón personal de hombres fieles a mi malicia y así oler la férrea sangre humana.

Sus labios se acercaron a mí oído mientras la penetraba en una danza frenética de lujuria. Su cuerpo se agitaba en una mezcolanza de gemidos, fluidos y sexo que prometía enloquecerme. Y de ellos emanaron las palabras que hicieron que mi ego se enalteciera más allá de lo que creía posible.

"—Quédate conmigo."

No pude remediar una carcajada de tremenda satisfacción. Simplemente se trataba de eso, del juego más antiguo del mundo: la seducción. La mire de nuevo a los ojos y por un instante sentí profunda admiración por aquella mujer. Estaba condenando su vida a mí y, a la vez, desplegaba toda la persuasión sin atisbo de temor.

Aunque sólo fue ese instante antes de que mi nudosa mano golpeara su rostro con brutalidad. Allí, en el suelo y sangrando, se arrastró a mis pies. Pero ya hace mucho tiempo que la misericordia me abandonó. A pesar de los golpes y la sangre, mi sexo reclamaba ser saciado y, por suerte, ella continuaba consciente así que no dudé un instante. Luego, el látigo terminó de apaciguar mis salvajes instintos, marcándola en cada centímetro de su aterciopelada piel.

Me había divertido demasiado como para echarla a perder tan rápido. Unas buenas correas y mis ungüentos para restañar los cortes profundos serían suficientes para mantenerla con vida hasta el fin de la batalla y gozar de nuevo de sus placeres.

Las tropas reales, encabezadas por sus paladines, avanzan con denodada valentía. No se dan cuenta que es gracias a mí que ellos continúan vivos.

Desenvaino la espada y la agito en el aire, a ambos lados de mi montura, para desentumecer los músculos y dar la señal a mis hombres. Pronto acude el primer incauto entre gritos de rabia y miedo contenido. Un amplio movimiento y en un instante la sangre humana tiñe mi espada de rojo oscuro.

De repente, el campo de batalla se cubre con un tupido velo. Me sobreviene una intensa fogata desde el estómago hacia todos los poros de mi piel, pero pasa rápido.

Unos metros más atrás, otro paladín, engalanado con los colores de la casa real, atraviesa el umbral de protección de mis hombres. Tuerzo una media sonrisa al comprobar el enorme parecido con la princesa y, a su vez, siento un floreciente regocijo mientras se acerca lleno de odio.

Con la mano izquierda saco el pañuelo esmeralda de la princesa para limpiar el arma y honrar así al caballero con mi hiriente acero. Deslizo la seda a lo largo del filo y luego le doy

la vuelta para realizar otra pasada cuando, de pronto, mis pensamientos vuelan raudos de nuevo a la noche pasada.

"Limpió un poco las copas con la seda esmeralda, las depositó de nuevo en la bandeja que sostenía mi demonio y asintió."

Noto de nuevo la intensa quemazón en mi garganta.

"Limpió un poco las copas con la seda esmeralda"

Aprieto la mandíbula con la fuerza de una tenaza ante el sofocante grito de dolor que jura extenderse por mis entrañas y devorarme el alma y, como si de un golpe físico se tratara, estalla en mi mente el recuerdo con diáfana claridad.

"Limpió el interior de las copas con la seda esmeralda"

Oprimo la empuñadura de mi espada con la rabia de la certeza e intento vanamente moverme ante el imparable ataque del paladín, pero el veneno actúa con la maestría de un arte antiquísimo. Un veneno que ha sido capaz de mantenerse oculto en mis venas el tiempo justo como para alejarme de los brebajes que me hubieran proporcionado el tiempo suficiente para encontrar el antídoto y, cuando se ha mostrado, lo ha hecho de forma rápida y eficaz.

El desgarrador acero del paladín me penetra hasta el corazón y en mi mente se rompen los sortilegios que mantienen a los demonios en este mundo. Pierdo el equilibrio, caigo del caballo, nada me sujeta a la vida. Una última imagen de viene a la cabeza: unos ojos profundos, como el más grande de los mares.

Y al fin, me doy cuenta que mi verdadera naturaleza es sencillamente humana. El sacrificio de una mujer y su innata astucia han conseguido derrotarme. De nuevo, el juego más antiguo del mundo.

Dioses – Sacrificio

Encuentro con lo desconocido

Con un suspiro profundo solté el pasamano de la escalerilla metálica de mi módulo. Una vez que tuve la absoluta certeza de que el terreno era firme comencé a caminar por aquella arenosa superficie. Estaba a punto de quedarme sin alimentos y había decidido probar en aquel satélite que orbitaba alrededor de un desconocido planeta. Según los datos geofísicos y bioquímicos proporcionados por el ordenador central de mi nave, aquel satélite reunía todas las características necesarias para albergar vida. Pensé que igual podría encontrar algún tipo de animal con el que pudiera proveerme de, al menos, las proteínas necesarias para continuar mi desafortunado viaje. Por suerte, vitaminas y minerales aún tenía en la cámara frigorífica para aguantar algunas semanas.

Continué con paso ligero agudizando mis sentidos ante cualquier amenaza que pudiera surgir, no sin observar al mismo tiempo todo el entorno que me rodeaba. El satélite era el único que orbitaba alrededor de este planeta telúrico, cuyo Sol alumbraba en estos momentos con la máxima capacidad de que era posible. Pese a las gafas protectoras, se hacía difícil no entornar la vista ante aquella enorme cantidad de luz. Tras recorrer una distancia considerable, avisté una especie de construcción gigantesca aislada entre unos pequeños montículos que recordaban a esos monstruos naturales que escupen fuego cuando se enojan.

Me acerqué poco a poco, con sigilosa prudencia, intentando evitar ser descubierto, pues aquella construcción no podía sino haber sido erigida por algún tipo de especie inteligente. Presentaba dos altísimas torres que custodiaban un cuerpo menor central; todo ello de color gris. Ambas atalayas presentaban diversas entradas de luz, recubiertas de vidrios de colores. Me resultó muy extraña aquella visión. A medida que me aproximaba a la enorme puerta de acero que se dibujaba en la fachada, podía oír ciertos ruidos y sonidos parecidos a cantos de pájaro así como de otros pequeños animales. Cuando me hallé en frente de aquel portón, una sensación de escalofrío y ansiedad invadió todo mi cuerpo. ¿Cómo serían aquellos seres que permanecían allí dentro? ¿Me sería posible comunicarme con ellos y explicarles el motivo de mi visita? Mi intención no era alterar su ritmo de vida, pero sabía que ello pasaría inevitablemente. Inspiré y expiré aire repetidas veces y por fin me decidí a empujar suavemente la puerta y entrar en aquel edificio. El interior estaba muy poco iluminado, algo que agradecieron mis ojos. Tan solo unos cuantos objetos, de los que emanaba una moderada luz, pendían de la interminable bóveda oscura. Nadie notó mi presencia, así que decidí observar lo que aparecía ante mi vista. Un vasto grupo de representantes de aquella especie se agolpaban en torno a una especie de mesa de piedra. Usaban algún tipo extraño de tejido, coloreado de forma diversa, para cubrir la mayor parte de su cuerpo y apéndices. Unos, que estaban detrás de aquella mesa de piedra, eran los que parecían dirigirse al resto. Pude distinguir, al menos, tres tipos diferentes de individuos: unos con mucho vello facial, otros con ausencia de hirsutismo y algo más bajos y por último otros cuyas medidas eran variables y que supuse se trataba de las crías de aquella extraña especie. Eran bípedos, y no pude distinguir, hasta algo más tarde, de qué forma conseguían ver, pues sus ojos no brillaban en la oscuridad.

Una de las criaturas que se encontraba detrás de la mesa de piedra lanzó un grito al tiempo que elevaba su cabeza hacia la profundidad insondable de la estancia. Acto seguido, el resto de sus congéneres comenzó una especie de canto ritual extraño, algo que no había visto nunca. De repente, un silencio sobrecogedor se apoderó de aquel lugar. Fue entonces, cuando fui consciente de algo que había pasado desapercibido hasta ese preciso momento. Algo pequeño, tierno, una forma de vida muy extraña a mis ojos, que emitía unos sonidos agudos y largos, parecidos a chirridos dulces o gemidos como los que había escuchado de otras especies al llorar, quebrantó aquel penetrante silencio de forma súbita. Se hallaba atado a la pétrea superficie, sobre la que un enorme cuchillo comenzaba en ese instante a descender en dirección a la inocente e indefensa criatura. Perplejo, contemplé como la sangre brotaba a borbotones de aquel animalillo salpicando en su huída al extraño personaje, autor de aquel sacrificio. Los cánticos, ahora más elevados e igualmente ininteligibles para mis oídos, fueron retomados y se prolongaron durante unos minutos que me parecieron eternos. Durante éstos, extraje una conclusión sobre lo que estaba contemplando. Aquello debía ser una reunión de aquellos seres en torno a algún ser sagrado, alguna deidad o deidades, a quien aquella especie le rendía culto. Antes de decidirme a abandonar el edificio, eché una ojeada a toda la estancia en busca de algún indicio que apoyara mi tesis. Varias columnas se alzaban interminables ante mi vista, y aunque ligeramente labradas con algún tipo de cenefa, no presentaban nada relevante para mi investigación. Ya iba a salir, cuando me di cuenta de que pendiendo del techo y sobre la mesa de piedra, se entreveía un extraño objeto. Dos palos cruzados en cuyo centro descansaba una rudimentaria figura que representaba una de aquellas criaturas semidesnuda. Inferí que se trataba de su dios, aquel a quien habían ofrecido aquel animal. Pensé en hablar con aquellos extraordinarios

seres con el fin de obtener varias de aquellas reservas proteicas, pero con rapidez caí en la abismal diferencia que nos separaba. Estaba completamente seguro de que si me dejaba ver y me daba a conocer, sería yo el que acabaría mis días sobre aquella fría piedra. Así pues, tan sigilosamente como había entrado, abandoné el edificio, y tras ajustarme mis gafas protectoras para evitar sufrir posibles lesiones en mis tres ojos frontales, me puse en camino con toda la rapidez que mis cuatro extremidades me permitían, hacia mi metálico módulo. La búsqueda de proteína debería continuar en otro lugar.

Sacrificio – Dioses

Del gris al Arco Iris

Pedí a Marshall que me comprara un poco de esa mierda tan buena que iba a conseguir. Llevaba tanto tiempo sin colocarme de *fantasía*, que ya empezaba a notar los espasmos nerviosos y las piernas empezaban a flojear. Confundía la realidad y todo el mundo me caía mal. Aunque tampoco soy la más honorable con las conductas sociales, porque tengo amigos que se cuentan con los dedos de media mano, *joder*, en esos momentos ni siquiera era capaz de concentrarme en el trabajo. Así que, la cosa se estaba poniendo realmente complicada. No veía más que facturas sin sentido y mi jefe estaba rozando con el tarro industrial de vaselina sitios indeseados.

—El próximo día que la cagues, conocerás la puta calle —dijo el muy necio, con esa superioridad odiosa.

Había confundido el tipo de *IVA* y eso significaba repetir un montón de trabajo; *imperdonable hasta para una novata*. Así que cuando estaba hablando con Marshall por teléfono y me dijo que el precio de los ensamblados de fantasía esa semana eran algo caros y que no había comprado nada para mí porque pensaba que podría esperar hasta el lunes para ver si bajaban de precio, le quité uno de los suyos y colgué de inmediato. El inútil no había conectado el bloqueo confiando en los amigos y, yo, que estaba tan emocionada porque esperaba que confirmara la compra de los nuevos módulos fantásticos que prometían largas semanas de buen rollo, mostraba esa cara que existe entre la felicidad de estar colocada y la esperanza de colocarse inmediatamente. Introduje su clave y, por supuesto, tomé prestado lo que me correspondía y necesitaba.

Marshall había pensado que estaba bien y se había confiado por mi cara de bienestar que aparentaba no ser depresiva. Pensó, ingenuamente, que si el precio estaba no por, sino más allá de la nubes, podría esperar.

Inocente pardillo.

A veces me sorprende lo confiada que puede llegar a ser la gente. Y, sí. Me comporté como si fuera una auténtica perra que siente el mono de *fantasía*. Pero no pude evitarlo. A lo hecho pecho, y hecho está. La vida es extraña y hay veces que me sorprendo haciendo cosas raras en los momentos que pega fuerte el cansancio psíquico y acaba conmigo porque ya llevo dos meses sin meterme nada y necesito un poco de fantasía que recorra mi psique. Si habéis estado todo ese tiempo chupando de la realidad, sabréis de qué hablo, sino, probarlo y opinar. Es asqueroso tragar toda esa pegajosa y cruda realidad gris con insistencia. Dos meses seguidos, os puedo asegurar que son suficientes y puede con cualquiera. No necesito depresión, necesito fantasía.

Tras colgar dejé que se las apañara con un único módulo que bastante es, aunque el siempre disfrute de todo por partida doble: dos bebidas, dos comidas, dos mujeres y dos pelotazos de fantasía aunque tú estés arrastrándote de depresión. Así que no tengo de qué arrepentirme. Podría haber sido generoso y yo me hubiera comportado con dignidad, pero no lo fue.

Al instante de colgar estaba llamando a mi puerta un jodido holo con la cara de él. Quería entrar en casa para coger algo que no me convenció. Me enchufé el ensamblado y dejé que pasara sin ponerme nada encima más que la ropa interior. He pasado tantas perrerías con él, que me siento cómoda de cualquier manera. En cambio, parece que al holo no le gustó mucho mi sonrisa de felicidad porque, en cuanto la vio, se enfureció. Ahora tengo como una sombra al falso Marshall todo el santo día revoloteando para ver si consigue agobiarme con lo que dice que le debo. En fin, es un poco molesto, nada que no pueda soportar, pero tengo que vivir con esa burda copia semitransparente que revolotea como un moscardón a mí alrededor hasta que devuelva lo que tomé prestado. Además, el auténtico Marshall dice que como no consiga otro módulo de calidad pronto, el mundo se le vendrá encima y entonces será cuando de verdad se ponga pesado. De momento no le presto mucha atención porque estoy feliz y él todavía puede ir al trabajo sin notar mucho rollo gris en el entorno. Cuando empiece a insultarme veré lo que hago antes que peligre mi vida porque un neurótico esté buscándome las cosquillas.

—Daniella —dice una voz. Miro y es mi jefe. ¿Os he dicho que le adoro? Amo esta oficina llena de colores fulgurantes y flores brillantes. La vida es maravillosa cuando te dedicas a lo que te gusta y la suerte te sonríe. La verdad es que Dan parece un tío apuesto cuando lleva ese traje gris de Prada. Le queda como un guante y entona y define la prieta musculatura que todos los días su sillón de ejecutivo ejercita.

—Ah, hola. Estaba concentrada y no me había dado cuenta que entrabas —le saludo y hablo un poco aturdida por tanto colorido sintiéndome excitada al ver toda esa porte delante.

—Tienes apagados los putos supletorios corporales —dice con un cabreo de tres pares de cojones.

Miro mi silla y me doy cuenta que es verdad que están apagados.

—Uhy —sonrió y siento como los colores del entorno vibran con intensidad. Me encuentro tan bien, que lo había olvidado.

Dan, mi jefe, mira con odio.

—Eres una jodida inepta —levanta la voz y me llega un salivazo—. Cuando te baje esa mierda vas a ir al médico de cabeza y luego me tocarán los huevos a mí porque el maldito seguro no cubre las lesiones si olvidáis conectar los supletorios. Los muy cabrones no dejan que sean automáticos para librarse de capullas como tú que nacisteis defectuosas.

Enciendo los supletorios de la silla para que corrijan mi curvatura de la espalda, y noto cómo la sujetan y empiezan a trabajar cada centímetro para evitar las lesiones profesionales y corregir lo que la genética nos ha regalado con bondad.

—Lo siento, Dan —digo—. Veré que puedo hacer para no ir a la consulta. Tal vez me dé unos masajes…

Marco el número del masajista mientras hablo y noto como Dan cuelga la llamada.

—Si llamas desde la oficina todo el mundo sabrá que te has lesionado —me informa, y nos informa a todos por el volumen de la voz—. ¿Por qué os empeñáis en hacer ese tipo de cosas? ¿Sólo queréis joderla? ¿Es eso? Si cumplierais las normas a rajatabla nos evitaríamos

gastos innecesarios. Incluso podríais ganar más, algunos —y sonríe con malicia, tanta que no le cabe dentro y le desborda en toda la expresión—, aunque, dudo mucho que alguien de esta sala se merezca algo más de lo que tiene.

Como en ese momento me doy cuenta que ya está depresivo, no contesto nada. Dejo que libere toda la rabia que lleva dentro y conecto el inhibidor de vocabulario. Cuando estoy de tan buen rollo me molesta escuchar palabras fuera de lugar. No quiero estar viendo bonitos arco iris y sintiendo que la vida es maravillosa mientras un capullo al lado grita y vomita insultos sin control. Eso podría provocar que el módulo que me enchufé ayer dure menos, con lo que tendría que buscarme la vida antes para no ponerme igual de depresiva que Dan y conseguir el de Marshall y el mío cuanto antes.

Miro y veo como se va abriendo la bocaza y seguro que diciendo cosas delirantes sin control porque no me llega una sola palabra con nitidez. Sólo escucho palabras sueltas entre una deliciosa niebla de sonido. Me hace gracia ver como toda esa gente dice cosas sin que pueda oírlas cuando tengo el inhibidor conectado. Sigo con la mirada a Dan y acompaño sus pasos hacia el resto de empleados. Llega niebla a mis oídos y da manotazos al aire mientras miro su culo; *impresionante*.

Como sigue ahí, dando el tostón al personal, vuelvo a observarlo y me divierto durante unos instantes con toda la parafernalia. Gesticula, aletea los brazos como un payaso, y sólo consigue mover un poco la brisa sonrosada que el aparato de aire acondicionado expulsa envolviendo todo el entorno, incluido el bonito mural de *fantasía* lleno de iris y borgoñas gigantes que se está formando al fondo de la sala. Cada vez que algún compañero siente que la mirada de él se clava en su nuca, disimula y hace como que no se da cuenta que están invadiendo su pequeña parcela de intimidad y finge y sonríe como si no pasara nada.

Es bastante difícil trabajar con el jefe cuando está de bajón y plenamente depresivo, pero será leve, un par de días, quizás tres, como mucho. En ese plazo, la compañía enchufará un módulo relax corporativo para ejecutivos y, entonces, vendrá a la mañana siguiente con la bonita sonrisa de oreja a oreja que nos tiene acostumbrados. Dejará de ver todo gris y desaparecerá la depresión dejando el camino libre a la *fantasía*. Entonces, todo volverá a ser maravilloso, más, si puede.

Mentiras – Destino

Apuestas Celestiales

Soñé una noche que, bajo el techo de mi humilde cabaña, dos poderosos dioses me observaban. Sus largas barbas se agitaban al son de machaconas carcajadas, que resonaban entre el atronador rugido de la tormenta.

—Nosotros somos más poderosos que las estrellas.

—No puedes cambiar lo que está escrito —replicó el más joven

—Observa este mortal —dijo el del parche en el ojo señalándome— haré de ese insignificante campesino un rey entre los hombres. Cambiaré su destino.

—Apuesto a que no lo conseguirás

Desperté aterido de frío. Tras un ligero desayuno, salí para atender las tareas de la granja. La pertinaz lluvia empapaba mi ropa cuando un flamígero rayo cayó sobre mi cabaña.

Desesperado, traté de salvar mis pertenencias, pero ni la lluvia ni mis esfuerzos consiguieron acabar con el fuego que como una bestia hambrienta devoró todas mis posesiones.

De una manera inconsciente dirigí mis pasos hasta la costa cercana, con la mente abotargada, pensando en mi mala estrella y en el extraño sueño de la noche anterior. Desde lo alto de un acantilado pude divisar un barco. Su siniestra enseña oscilaba en lo alto del mástil donde la vela plegada se balanceaba con cada golpe de remo. El viento había amainado de manera repentina. Por la borda sobresalían veinte palas que sus esforzados remeros movían con frenesí para mantener la embarcación alejada de las peligrosas rompientes.

La figura del capitán sobresalía en el puente dando instrucciones. Su cuerpo se envaró al observar como un pantagruélico lomo sobresalía del mar dirigiéndose hacia su nave con aterradora velocidad.

La embestida del leviatán fue brutal. Tres remos se partieron como débiles arbustos resecos y uno de los remeros cayó por la borda. Los gritos y la confusión se adueñaron del barco por unos instantes. Mas al cabo de unos latidos, la calma volvió a la cubierta cuando el capitán ordenó poner proa a la costa.

Bajé hasta una cala para observar mejor. Los tripulantes merodeaban por los alrededores armados hasta los dientes. Uno de ellos me sorprendió por la espalda y me amenazó con una corta y mellada espada, que apretó firmemente contra mi dorso.

—¡Capitán, ya tenemos un nuevo remero! —gritó el marinero.

Al terminar con las reparaciones me introdujeron el barco y me sentaron en uno de los bancos. No tenía donde escapar, así que no me ataron, pero tras recibir una buena ración de golpes en la espalda, me encontré remando junto a los demás, que se reían mientras hablaban de mí.

Las estrellas aparecieron en el firmamento, como una oscura losa donde el destino de todos los dioses y mortales están escritos en brillantes haces luminosos. El velo del sueño cayó sobre mí tan pronto fondeamos.

—Ya no será un estúpido labrador ni un marido pusilánime —dijo el dios del parche.

—Sólo has retrasado lo inevitable. No podemos cambiar ni su destino, ni el nuestro.

Los cuervos odian el mar. Jamás dejan que la salada espuma salpique sus plumas. Pero uno sobrevoló la cubierta y se posó junto a mí. Traté de espantarlo cada vez que sus picotazos me sobresaltaron en la noche, hasta que mi paciencia se agotó y decidí trincharlo con un cuchillo que encontré cerca.

El traicionero animal se posó sobre el capitán sin que sus ronquidos le espantaran. Tres rápidos picotazos le abrieron una herida en el pecho. Abrió los ojos y se quedaron clavados en mi figura. Acechando con un cuchillo en la mano. La sorpresa y la falta de sueño me impidieron reaccionar, así que sólo pude balbucear cuando me acusó de intentar asesinarle.

El duelo no fue muy largo. Me acosó con su espada, que a duras penas pude esquivar. Los hombres le vitoreaban mientras yo evadía sus estocadas armado con un simple cuchillo. Consiguió acorralarme junto a la borda. Se abalanzó sobre mí rugiendo y en eso momento resbaló. Sus ojos se desorbitaron cuando mi cuchillo se introdujo en su garganta.

Aún sentía la caliente sangre de mi victima goteando espesa por mi brazo mientras vigilaba al resto de tripulantes, quienes tras la sorpresa inicial me aclamaron como nuevo líder pues tal era la ley de aquellos merodeadores.

Las estaciones transcurrieron entre el fuego y el acero, las risas y los aullidos, la emoción y la muerte. El fragor del pillaje y el saqueo se apoderó de mi mente. Nadie pudo detenernos. Toda una flota acabó por seguirme, causando el terror allá por donde pasábamos. Mi fama de afortunado creció ya que nunca tuvimos un golpe fallido.

Recorrimos todo el litoral conocido saqueando y asesinando, recolectando vidas como un agricultor que recoge el fruto de la tierra, cuyo dorado zumo era el oro. Durante aquella orgía carmesí, apenas recordé mis orígenes y mis antiguas añoranzas de familia y tranquilidad. Mi música predilecta era el gemido de la gente suplicando por su vida, mientras el olor de su miedo inundaba mis fosas nasales confiriéndome una sensación de poder extremo.

Aquellos dos barbudos dioses siguieron visitando mis sueños, vigilándome e indicándome el camino a seguir para alcanzar la riqueza y el poder. Mas su presencia llegó a hastiarme. Sus sutiles designios me hicieron sentir como un gorrión en la tormenta. El oro y el poder, la sangre y el terror, dejaron de ser un aliciente para mí.

Un anochecer, mientras el resto de la flota fondeaba al abrigo de un fiordo, ordené a mi tripulación zarpar a mar abierto. Mis hombres confiaron en mi fortuna y obedecieron sin protestar. Bajo mis promesas de nuevas tierras y grandes tesoros pusimos proa a un horizonte desconocido.

Tras algunos días de navegación, al fin conseguimos arribar a una costa desconocida para nosotros. El clima se había tornado cálido y agradable. Descubrimos una tierra verde y exuberante, en la que los prados se alternaban con bosquecillos de robles y castaños. En la distancia se percibían colinas en las que abundaban las coníferas y de las que descendían algunos arroyuelos de aguas claras. El lugar parecía habitado, por lo que decidimos establecer una base desde la que explorar estas fértiles tierras.

—Has sido muy hábil. Ahora conquistará este país y será un poderoso rey.

—Aún no he ganado la apuesta, pero pronto verás como podemos burlar el destino escrito en las estrellas.

Una mañana me alejé de mis hombres. Encontré un claro arroyo y decidí darme un baño en sus cristalinas aguas. Dejé mis ropas y mis armas en la orilla y me introduje en su refrescante corriente. Mientras retozaba la vi. Una preciosa mujer, de pelo negro como el carbón, con la tez morena y unos oscuros ojos que brillaban como la obsidiana. Contemplé como me observaba semioculta entre la maleza de la rivera. Su belleza me conmocionó. Extendí mis manos vacías y sonreí. Ella aceptó mi gesto de confianza y se me acercó lentamente. Noté un extraño alborozo al verla. Su gesto sonriente hizo que el corazón se me acelerara.

Cuando estuvo junto a mí, nos miramos fijamente a los ojos. Nuestras pupilas se dilataron y ambas bocas esbozaron una amplia sonrisa. Di un paso adelante, la golpeé fuertemente en la sien con el puño cerrado y la llevé a mi casa. Ya tenía una esposa.

Tuve mucho cuidado de que la correa que la sujetaba a la larga cadena no la hiciera daño, ni afeara su terso cuello. No entendía su lenguaje, ni ella el mío, pero mi interior notaba que cada día estábamos más enamorados, así que decidí despedir a mi gente para dedicarme a labrar esta fecunda tierra y a cuidar a mi querida esposa.

—Parece que tu plan ha fallado. Lo que esta escrito en las estrellas no puede cambiarse.

—Todavía podemos cambiar esta situación, muchacho —Respondió el dios del parche con voz socarrona.

Las voces que escuché durante mi sueño me hicieron remover inquieto en el lecho. Me desperté sobresaltado al darme cuenta de que ella no estaba a mi lado. Seguí la cadena hasta el exterior de la casa y encontré su cadáver desgarrado y mutilado por alguna fiera. Mi corazón estalló de agonía. Me senté junto a su cuerpo ensangrentado pensando. Las huellas que se alejaban del cadáver no eran de un oso, ni de los lobos, eran de algún ser desconocido e infernal, cuyo tamaño debía ser considerable.

Fui tomando consciencia de las voces de mis sueños. De todas las cosas que me habían ocurrido desde que empecé a soñar con aquellos dos poderosos dioses. Toda mi fortuna y toda mi desgracia.

La sed de venganza se apoderó de mi mente al vislumbrar sus intenciones. No podía permitir ser usado como un muñeco. Mi destino es mío. Ni estrellas ni dioses. Solo mío. Así que asenté mi espada en el suelo y consumé mi venganza. Me maté a mi mismo.

Mi alma se sonríe mientras vuela hasta las salas de los valientes. Ni campesino ni rey. Ahora soy libre.

—Has perdido tu apuesta.
—No la he ganado, pero tampoco la he perdido.
—Apuesto a que no consigues hacer de esa reina una simple pastora

Dioses – Destino

Redención

—¿Cree usted en la absolución, padre?

—¿Cómo dices, hijo mío?

La luz del ocaso, que se filtraba a través de la cristalera situada detrás del altar, bañaba la iglesia con una luminiscencia ocre. La imagen de la vidriera representaba a San Jorge, el matador de dragones, clavando su lanza en la garganta del animal. El artista había sabido dotar de un aura de santidad a un guerrero ataviado con una armadura ensangrentada, que remataba a placer a una bestia moribunda llena de cortes y heridas. Sin duda, la minuciosidad de la vidriera era asombrosa; las tiras de plomo en la posición correcta, los colores excepcionalmente bien escogidos.

—Ya me entiende, padre —dijo el hombre trajeado mientras encendía un cigarrillo—, si cree usted en el sacramento de la confesión. Si es usted capaz de absolverme de mis pecados.

—Bueno, hijo mío, para eso me pagan. Y te agradecería que no fumases aquí dentro.

—Buena respuesta —el hombre sonrió irónicamente, haciendo caso omiso del comentario—. Al menos, es usted sincero.

Los bancos de la iglesia se encontraban vacíos casi en su totalidad, a excepción de dos figuras solitarias, arrodilladas y, al parecer, ensimismadas en su oración. Varias velas votivas ardían tímidamente, cada una de ellas un deseo formulado a Dios. Tal vez algo profundo, o algo banal, o incluso una súplica desesperada a una divinidad de la que se habían desentendido tiempo atrás, y a la que ahora acudían como niños asustados al padre, sabiendo que han cometido un error.

—He hecho cosas horribles, padre. Cosas que me garantizarán un lugar en el infierno si usted no me ayuda. Si no alivia mi alma de pecador de su peso.

—Cuéntame, hijo mío, y veremos qué se puede hacer.

En realidad tendría que haber sido una operación sencilla. Fácil, incluso. Al menos, sobre el papel parecía tan simple que hasta un mono amaestrado podría haberla llevado a cabo: entrar, robar, salir. Nada más. Y nada menos.

Pero Lucas Espinosa sabía que una operación aparentemente sencilla era como una ecuación matemática: simple sobre el papel, intentar desarrollarla con éxito podía llegar a ser infernal.

Y, en realidad, cuando se dio cuenta de la trampa, le pareció tan insultantemente obvia que se maldijo a sí mismo por haber sido tan torpe. El oficio de ladrón no permite errores, y alguien que llevase tanto tiempo en el negocio como él debería saberlo mejor que nadie. Porque, a fin de cuentas, cuando tienes tantos golpes de buena suerte como había tenido hasta ahora, acabas por olvidar que sólo hace falta un poco de mala suerte para acabar muerto. Afortunadamente, la experiencia también afina el instinto de supervivencia.

Así que, acribillado y malherido, Espinosa se arrastró hacia la iglesia de San Jorge y se acurrucó en el confesionario, encendió un cigarrillo, y esperó, paciente y resignado, a que los acontecimientos se desarrollasen según lo previsto.

—Me engañaron, padre. Cuando ya estaba en el nido, con la garra sobre los huevos, la madre volvió y me sacó los ojos a picotazos. ¿Cómo se llaman esos momentos de lucidez, cuando el conocimiento te atraviesa como un rayo?

—¿Te refieres a una revelación, hijo mío?

—Eso —Espinosa volvió a darle una calada al cigarro, cada vez más consumido. La sangre de su hombro había empapado la chaqueta por completo, y comenzaba a gotear sobre el suelo del confesionario—. Una revelación, sí. En ese momento lo entendí todo.

El nuevo sistema de seguridad Avalon–II era inexpugnable. Al menos, de eso se jactaban en Reallity Node, su desarrolladora. Un software cortafuegos capaz de freír a cualquier hacker que intentara acceder a un fichero clasificado. Espinosa se pasó tres meses memorizando cada línea de código, cada punto del programa, hasta detectar una fisura tan sutil, tan poco aparente, que era casi imposible que alguien hubiera reparado en ella. Estaba seguro que ni los propios programadores serían capaces de encontrar ese bucle Triple–C de doble iteración. Y esa sería su puerta de entrada. Armado con esos datos, volcó su consciencia en la Matriz de Intercambio Mundial e Interfaz Kinética, o MIMIK, y enfiló proa digital hacia el Banco de la Reserva Federal.

Saltar el primer cortafuegos fue tan sencillo como esquivar un charco. El segundo nivel de seguridad le obligó a bailar un poco, pero nada con lo que no pudiese lidiar. Y entonces, tras la segunda barricada, ante él se levantaba el Muro de Datos, el tercer escollo, el Avalon–II propiamente dicho. Recordando lo que había memorizado, Espinosa se lanzó en tromba hacia un bloque de datos en forma de sillar de mampostería, destrozándolo como un ariete.

Ya estaba dentro. Se sintió excitado, nervioso, como siempre que conseguía entrar en lo que él llamaba la Cueva del Tesoro. Entonces el velo de la mentira cayó, y la realidad le aplastó como a un insecto.

—¿Ha oído hablar de los Guardianes Sinápticos, padre?

—No me suena.

—Son unos cabrones…

—Hijo —le interrumpió el sacerdote—, te recuerdo que estás en la casa de Dios.

—¿Cree de verdad que a estas alturas me importa, padre? —dijo Espinosa con una sonrisa sardónica pintada en su boca ensangrentada—. Un Guardián Sináptico es un perro de presa. Un ser humano que vive en MIMIK, dedicado veinticuatro horas al día a su deber de custodiar un nodo de datos. Son increíblemente caros, así que no están demasiado extendidos. Mejor así: son tan salvajes que dan auténtico miedo. Son psicópatas entrenados, sometidos a psicocirujía y enganchados de por vida a la Matriz. Y yo me topé de narices con cinco de ellos. Me estaban esperando.

El primer disparo le reventó la rodilla y le hizo aullar de dolor. El segundo y tercer impacto se alojaron en su hombro y antebrazo derechos, y Espinosa, curtido en cientos de tiroteos, se abalanzó instintivamente hacia un lado, golpeándose el hombro herido contra la pared con un estallido de dolor al rojo. Sacó su arma y disparó a ciegas, a través de la bruma de agonía que le envolvía. Consideró la opción de retraerse de nuevo a su cuerpo físico, pero no quería dejarles a esos cerdos un camino tan obvio hacia su yo real.

Así que se parapetó detrás de una columna y comenzó a disparar con todo lo que tenía. Al parecer, quienquiera que le hubiese tendido esa trampa subestimó la capacidad de fuego de Espinosa, que siempre salía de su cabeza con más armas de las que podía cargar: la experiencia le había demostrado que era lo más fácil del mundo verse envuelto en un tiroteo. Agradeció interiormente haber traído granadas de mano.

—Esos cabrones saltaron por los aires, padre —Espinosa emitió una risa ahogada, interrumpida por un acceso de tos. Diminutas gotitas de sangre impregnaron el confesionario de un olor metálico—. Me los cargué a los cinco con una sola granada. Y luego me largué, dejando allí varias partes de mi código salpicando las paredes de manchas parduscas —Espinosa hizo una pausa—. Y aquí estoy ahora.

—¿Qué has venido a buscar aquí, hijo mío?

—Redención, padre —el ladrón dio otra calada a su cigarro, ya casi extinguido, mezclando el sabor del tabaco con el de la sangre—. Aunque yo sea la replicación digital de una mente humana, y usted no sea nada más que cuatro códigos ensamblados en un entorno de programación, necesito saber que hay un Dios que me perdonará si usted se lo pide. No me queda mucho tiempo, y me consta que esos bastardos han localizado mi cuerpo físico y a estas horas debo ser un cadáver —los ojos de Lucas Espinosa se llenaron de lágrimas, y su voz comenzó a temblar—. No me queda mucho tiempo, padre. Los impulsos eléctricos que animan mi código van cesando poco a poco. Sé que mi programa está corrompido, completamente roto por lo que esos cabrones me han hecho. Y sé que dejaré de existir en unos minutos —Espinosa hizo una pausa para secarse las lágrimas—. Necesito saber que hay un ser superior que me perdona, que me ofrece la redención que yo no puedo darme. Por favor, se lo suplico. Nunca en mi vida he pedido nada a nadie, pero ésta vez lo necesito. Déme la paz que tanto ansío, padre. Por favor.

—Hijo, mío, yo… —el sacerdote no sabía qué decir. Su programación no le había preparado para nada más que los típicos pecados veniales de los cristianos New Age, demasiado ocupados en pecar como para ir a una iglesia de verdad. Esto era algo nuevo para la IA eclesiástica, algo con lo que no contaba.

El silencio se hizo en el confesionario. Espinosa dio la última calada a su cigarrillo, lo aplastó contra en suelo, y emitió un largo suspiro.

—Perdóneme, padre, porque he pecado.

El sacerdote, nada más que un programa eclesiástico, oficialmente autorizado por la Iglesia Católica, sintió compasión de esa pobre alma atormentada.

—Ego te absolvo a peccatis tuis, in nomine Patri, et Filii, et Spiritus Sancti…

Para cuando el sacerdote hubo absuelto a Espinosa, su última línea de código se había desintegrado. Su cadáver digital sonreía plácidamente.

Dioses – Mentiras